



ENSEÑANZAS JERÁRQUICAS

COMPILACIÓN TEMÁTICA

Título XXXI: GRECIA ANTIGUA





PRESENTACIÓN

COMENTARIOS DEL COMPILADOR

Este trabajo de compilación que aquí se presenta se ha ido organizado a lo largo de varios años y se presentó en Febrero del año 2.013. Desde entonces, se ha procedido a incorporar nuevos textos que antes no constaban en la obra. En conjunto ha sido una tarea muy laboriosa, pero creo que a la vista del resultado bien merece la pena el esfuerzo realizado. La idea que siempre ha movido esta labor ha sido la utilidad que puede tener en los aspirantes y discípulos que, durante los próximos años, estén interesados en enseñanzas provenientes de la Jerarquía de Maestros.

Este trabajo está sobre todo estructurado alrededor de las enseñanzas de la Maestra H. P. Blavatsky y de los Maestros indios Ekkirala Krishnamacharya y K. Parvathi Kumar y otros, aunque esos otros son mucho más esporádicos y concretos.

Las enseñanzas son extracciones de los libros de los autores, haciendo siempre referencia al título del libro y/o el número o números de páginas. El trabajo se ha organizado a lo largo de 70 temas diferentes, en los que se han ido volcando todas las enseñanzas consideradas de valor y que se han encontrado en los libros de referencia.

En ocasiones, se ha preferido escribir sólo las iniciales o parte del título de la obra de referencia, por ejemplo se verá que la Doctrina Secreta se señala como D.S e Isis Sin Velo, simplemente como Isis. Así las enseñanzas y las citas de esa obra aparecen como D.S., seguidas del número del volumen y las páginas extractadas. Por ejemplo si vemos (D.S., V, 200-210), significará que la enseñanza fue tomada de la Doctrina Secreta, tomo V, desde la página 200 hasta la 210).

Existen varios textos extractados que se han repetido en dos o más temas, debido a que esas enseñanzas tienen que ver con esos mismos temas, por lo que los textos se han situado en todas aquellas temáticas que se han visto como de referencia para los escritos escogidos.

En muchos casos se verá también que hay numerosos textos de los que en parte se han resaltado en negrita, por tal de distinguirse del resto, ya que se ha encontrado que los mismos son de una más destacada significación.

Las partes extractadas lo han sido, naturalmente, en base al propio criterio del compilador, pero debido a que el estudiante tendrá la información necesaria sobre



su fuente, o el libro y página del cual se han recogido, siempre podrá acceder a buscar más información directamente en el libro en cuestión.

Se debe tener en cuenta también que todos los extractos de los libros de los Maestros K. Parvathi Kumar y Ekkirala Krishnamacharya, lo son de las primeras ediciones de Editorial Dhanishtha de Barcelona (España), salvo si se indica lo contrario. La Doctrina Secreta utilizada es la de la edición de 1.988 de Editorial Sirio, de Málaga (España) y en cuanto a Isis sin Velo se trata de la edición de 1.985 de Ediciones Teorema, de Barcelona (España).

También hay que tener en cuenta que, muchas veces, los vocablos y la construcción de las frases empleados tanto en Isis sin Velo como en la Doctrina Secreta, pueden distar mucho de los empleados hoy en día, pues hay que recordar que estos dos grandes obras de H.P. Blavatsky fueron escritas en el siglo XIX.

Sólo espero que esta compilación sea útil a todos los aspirantes, discípulos y buscadores de la verdad que deseen consultarlo. Este es y ha sido mi único propósito al realizar este trabajo que humildemente pongo a su disposición y a los venerables pies de “Aquellos” que nos instruyen y que con su ejemplo iluminan nuestro propio camino.

Gracias.

Sabadell (Barcelona) – España. Septiembre de 2.014.

Un estudiante.



Título XXXI: GRECIA ANTIGUA

Ouranos (Griego).- **Toda la extensión del cielo conocida con las denominaciones de “Aguas del Espacio”, Océano celeste, etc.** Este nombre deriva muy probablemente del Varuna védico, personificado como dios del agua y considerado como el principal *Âditya* entre los siete dioses planetarios. En la teogonía de Hesíodo, Ouranos (o Urano) es lo mismo que *Cœlus* (Cielo), el más antiguo de todos los dioses y padre de los titanes divinos. (Glosario Teosófico de H.P.B.).

Eros (Griego).- **Hesíodo hace del dios Eros la tercera persona de la primitiva Trinidad helénica, compuesta de Ouranós, Gea y Eros. Es la personificación de la fuerza creadora de la Naturaleza en su sentido abstracto, el impulsor a la "creación" y procreación.** Exotéricamente, la mitología hace de Eros el dios de la lujuria, del deseo sensual, y de ahí el término *erótico*; esotéricamente, es muy diverso. (Véase: *Kâma*.) (Glosario teosófico de H.P.B.).

Gæa o **Gea** (Griego).- **Materia primordial en la Cosmogonía de Hesíodo; la Tierra, como piensan algunos; la esposa de Ouranos [Urano], el firmamento o cielo.** El personaje femenino de la Trinidad primitiva, compuesta de Ouranos, Gæa y Eros. [En el mundo de manifestación es igual a Aditi, o sea el gran Abismo cósmico. (*Doctrina Secreta*, II, 281).] (Glosario Teosófico de H.P.B.).

Yavanas (Sánscrito).- **Nombre que en la India se ha dado a los griegos.** (Glosario Teosófico de H.P.B.).

Orfeo (*Orpheus*, griego).- **Literalmente: “atezado”. La mitología le hace hijo de Eagro y de la musa Calíope. La tradición esotérica le identifica con Arjuna, hijo de Indra [místicamente] y discípulo de Krichna.** Recorrió el mundo enseñando a las naciones de la sabiduría y las ciencias y estableciendo misterios. La misma historia de haber perdido Orfeo a su esposa Eurídice y de encontrarla en el Hades o mundo inferior es otro de los puntos de semejanza que tiene con la historia de Arjuna, que va al *Pâtâla* (*Hades* o infierno, pero en realidad a los antípodas o América), en donde encuentra a Ulúpî, hija del rey Nâga, y se



casa con ella. Esto es tan significativo como el hecho de tener Orfeo la piel de color atezado u obscuro, como creían los mismos griegos, que nunca tuvieron muy hermosa la tez. [Sabemos por Herodoto que Orfeo aportó a la India los Misterios, que, según la ciencia oficial, son anteriores a los caldeos y egipcios. Se sabe que en tiempo de Pausanias había una familia sacerdotal que, lo mismo que los brahmanes con los *Vedas*, habían confiado a la memoria todos los Himnos órficos, que de esta suerte fueron transmitidos de una a otra generación. (*Doctr. Secr.*, III, 297). -Músico consumado, cultivó la cítara, que recibió de los dioses, y añadió dos cuerdas a las siete que antes tenía, y era tal su destreza en pulsar la lira, que con sus acordes amansaba las fieras. Llevó una vida pura en extremo, y se abstenía de comer carne y otros alimentos animales. -(Véase: *Misterios órficos*). -Es muy digno de notarse que en los monumentos cristianos primitivos se encuentra algunas veces, en medio de los profetas de la Biblia y de los santo de la nueva Ley, la figura de Orfeo rodeada de animales feroces y domésticos atraídos por el son de su lira. Esto se relaciona con el hecho de que, en los primeros siglos del cristianismo, el insigne cantor de Tracia era objeto de una singular veneración y hasta de una especie de culto por parte de los mismos santos Padres de la Iglesia. (Martigny, *Dict. Des Antiq. Chrét.*] (Glosario Teosófico de H.P.B.).

Dionysos (Griego).- [Nombre que daban los griegos al dios Baco.] **El Demiurgo, que, como Osiris, fue matado por los titanes y destrozado en catorce pedazos. Era el Sol personificado, o, como dice el autor de *El gran Mito dionisiaco*:** “Es Fanes, el espíritu de la visibilidad material, cíclope gigante del Universo, con un brillante ojo solar, el poder de producción del mundo, el omnipenetrante animismo de las cosas, hijo de Semele...” Dionysos nació en Nysa o Nissi, nombre dado por los hebreos al monte Sinaí (*Exodo*, XVII, 15), lugar de nacimiento de Osiris, que suspicazmente identifica a ambos con Jehovah Nissi”. (Véase: *Isis sin Velo*, II, 165, 526 de la edición inglesa).-Véase: *Baco*.] (Glosario Teosófico de H.P.B.).

Desde las primeras edades de la Cuarta Raza (cuando sólo al Espíritu se rendía culto, y cuando el Misterio estaba de manifiesto), hasta los últimos días gloriosos del arte griego, en la aurora del cristianismo, **sólo los helenos se habían atrevido a levantar públicamente un altar al “Dios Desconocido”**. (D.S. II, 44).



El Caos era llamado sin sentido por los antiguos, porque representaba y contenía en sí mismo –Caos y Espacio siendo sinónimos- todos los Elementos en su estado rudimentario, indiferenciado. Hacían del Aether el quinto Elemento, la síntesis de los otros cuatro; pues el Aether de los filósofos griegos no es sus Residuos (el Êter), que ciertamente conocían mejor que la Ciencia hoy día, los cuales Residuos se suponen acertadamente que actúan como agentes de muchas Fuerzas que se manifiestan en la Tierra. Su Aether era el Âkasha de los indos, mientras que el Êter aceptados por la física, no es sino una de sus subdivisiones, en nuestro plano: la Luz Astral de los cabalistas, con todos sus efectos, tanto buenos como malos. (D.S. II, 70-71).

Chaos, Theos, Kosmos, no son sino los tres símbolos de su síntesis: el Espacio. (D.S. II, 73).

Dice Hipócrates: “Todas las ciencias y todas las artes han de indagarse en la naturaleza que, si la interrogamos debidamente, nos revelará las verdades relativas, no sólo a ella, sino a nosotros mismos. **La naturaleza en acción no es ni más ni menos que la manifestada presencia de Dios.** ¿Cómo hemos de interrogarla para que nos responda? Hemos de proceder con *fe*, firmemente convencidos de que al fin descubriremos la verdad completa. Entonces la naturaleza nos pondrá la respuesta en el *sentido íntimo* que, auxiliado por el conocimiento en ciencias y artes, nos revelará la verdad tan claramente, que sea imposible toda duda”. (Isis II, 172-173).

Según Platón: “Hubo un tiempo en que la humanidad no procreaba; pero después echaron los hombres en olvido las primievas enseñanzas y fueron degradándose más y más profundamente”. (Isis II, 178).

Demócrito estableció la teoría atómica mucho antes de que la expusieras Dalton y que los antiquísimos Oráculos caldeos y posteriormente Pitágoras enseñaron que el éter es el agente universal. (Isis II, 282).

Dice Luciano que Demócrito no creía en milagros, pero se esforzaba en descubrir el procedimiento empleado por los teúrgos para operarlos. Esta opinión del “filósofo optimista” es de la mayor importancia para nosotros, puesto



que fue discípulo de los magos establecidos en Abdera por Jerjes y además estudió durante muchos años magia entre los sacerdotes egipcios. De los ciento nueve años que vivió este filósofo, empleó noventa en experimentos, cuyos resultados fue anotando en un libro que, según Petronio, *trataba de la naturaleza*. Y además de negar Demócrito los milagros, afirmaba que cuantos fenómenos había presenciado personalmente, aun los más increíbles, eran efecto de *ocultas leyes naturales*. (Isis II, 284-285).

La excelencia de los egipcios en ciencias exactas se revela en que los griegos, a quienes consideramos como fundadores de la matemática y en particular de la geometría, aprendieron en Egipto. Dice Smyth, citado por Peebles, que los “conocimientos geométricos de los constructores de las pirámides principian donde los de Euclides acaban”. Antes de que la historia engendrara a Grecia, ya eran viejas y perfectas las artes egipcias. La agrimensura, derivada de la geometría, se conocía prácticamente en aquel pueblo, pues, según dice la Biblia, Josué distribuyó proporcionalmente entre los hijos de Israel la recién conquistada tierra de Canaán. ¿Y como hubiera sido posible que los egipcios tan versados en filosofía natural, no lo estuvieran igualmente en psicología y filosofía espiritual? El templo era plantel de la más refinada civilización y en él se guardaba el altísimo conocimiento de la magia que constituía la quinta esencia de la filosofía natural. Con celoso sigilo se enseñaba el empleo de las fuerzas ocultas de la naturaleza, y durante la celebración de los Misterios operaban los sacerdotes prodigiosas curas. Herodoto reconoce que los griegos aprendieron de los egipcios cuanto sabían, incluso las ceremonias religiosas y el servicio de los templos, que por esta razón estaban principalmente dedicados a divinidades egipcias. El famoso Melampo, saludador y adivino de Argos, recetaba según el arte de los egipcios, de quienes lo habían aprendido, siempre que deseaba que la cura fuese eficaz; y así curó a Ificlo de impotencia y debilidad por medio del *orín de hierro*, que al efecto le había indicado Mantis. Dice Diodoro que la diosa Isis ha merecido la inmortalidad porque todas las naciones de la tierra tienen pruebas de su poder para curar las enfermedades, “según está demostrado, no por fábulas, como entre los griegos, sino por hechos auténticos”. Por su parte, Galeno menciona varias medicinas que se confeccionaban en los templos y alude a una panacea llamada Isis.

La enseñanza de los filósofos griegos que aprendieron en Egipto revela el profundo saber de sus Maestros. Orfeo, Pitágoras, Herodoto, Platón y Solón estudiaron en los mismos templos, de boca de los mismos sacerdotes. Refiere Plinio, que según testimonio de Antíclides, las letras del alfabeto fueron inventadas por el egipcio Menon, medio siglo antes de la época de Foroneo, el



más antiguo rey griego. Jablonsky **demuestra que Pitágoras tomó de los sacerdotes egipcios el sistema heliocéntrico y la esfericidad de la tierra, pues lo conocían desde tiempo inmemorial por haberlo aprendido de los brahmanes de la India.** También Fenelón, el ilustre arzobispo de Cambray, afirma que Pitágoras tuvo estos conocimientos y enseñó a sus discípulos, no sólo la redondez de la tierra, sino la existencia de las antípodas, siendo además el primero en descubrir la identidad de la estrella matutina y vespertina. (Isis II, 313-315).

Demuestra la ciencia que el calor puede transformarse en electricidad y la electricidad en magnetismo y recíprocamente, de modo que el movimiento engendra indefinidamente el movimiento (esto es el abecé del ocultismo y de la alquimia). Para los científicos materialistas, queda resuelto el problema de la eternidad una vez demostrada la conservación de la materia y de la energía, como si con ella quedara también demostrada científicamente la completa inutilidad del espíritu.

Puede afirmarse, por lo tanto, que los modernos filósofos no han dado un paso más allá de los sacerdotes de Samotracia, los indos y los gnósticos cristianos. La parigualdad de la materia y de la fuerza está simbolizada en el mito samotraciense de los gemelos *Dioskuros*, hijos del cielo, a que alude Schweigger, que mueren y resucitan juntos, siendo absolutamente necesario que *uno muera para que el otro viva*. **Conocían los sacerdotes de Samotracia, tan bien como los físicos modernos, la transformación de la energía, y aunque los arqueólogos no hayan encontrado aparato alguno a propósito para esta transformación, se infiere fundadamente por analogía, que casi todas las religiones antiguas se apoyan en el principio de coeternidad de la materia y de la fuerza y en la doctrina según la cual todo emana del sol central y espiritual, del espíritu de Dios, en el conocimiento de cuya potencialidad se funda la magia teúrgia.** A este propósito dice Proclo: “De la propia manera que el amante se eleva poco a poco de la belleza plástica a la belleza divina, así los antiguos sacerdotes establecieron una ciencia basada en la mutua simpatía y semejanza que echaron de ver en las cosas subsistentes en el todo universal con las internas potencias que algunas de ellas manifiestan. De este modo descubrieron lo supremo en lo ínfimo y lo ínfimo en lo supremo, es decir, las cualidades terrenas en su celeste condición causal y las cualidades celestes adaptadas a la condición terrena”.

Señala después Proclo las misteriosas propiedades de algunos minerales, plantas y animales, conocidas pero no explicadas por los naturalistas modernos. Tales



son los movimientos rotatorios del girasol, heliotropo y loto y las particularidades observadas en las piedras solares y lunares, en el *helioselenio* y en el gallo, león y otros animales. Sobre el particular dice así: “Al observar los antiguos esta mutua simpatía entre las cosas celestes y las terrestres, aplicaron estas últimas a ocultos propósitos de naturaleza, tanto celestial como terrena, y en virtud de dicha simpatía, atraieron cualidades divinas a esta miserable morada...Todas las cosas están llenas de divinas propiedades y las terrenas reciben su plenitud de las celestiales y estas de las super-celestiales, pues la ordenación natural arranca de lo supremo para descender gradualmente hasta lo ínfimo (concepto diametralmente opuesto a la actual teoría de la evolución). Pues cualesquiera que sean las cosas resumidas en otra de superior categoría se explayan al descender y quedan distribuidas varias almas bajo la acción de sus gobernadoras divinidades”. Proclo no aboga aquí por la superstición, sino por la ciencia, pues la magia no deja de ser ciencia que, aunque oculta y desconocida de los científicos contemporáneos, se funda sólidamente en las misteriosas afinidades entre los seres orgánicos de los cuatro reinos de la naturaleza, y en las invisibles potencias del universo. **Los herméticos antiguos y medioevales llamaban magnetismo, atracción y afinidad a la fuerza que hoy la ciencia llama gravitación.** Esta ley universal está enunciada por Platón en el *Timeo*, diciendo que los cuerpos mayores atraen a los menores y cada cual a su semejante. Los fundamentos de la magia fueron y son el perfecto conocimiento de las ocultas propiedades de las cosas visibles e invisibles de la naturaleza y de sus mutuas atracciones, repulsiones y enlaces, cuya causa es el *principio espiritual* que todo lo penetra y anima, de suerte que dicho conocimiento permite establecer las condiciones necesarias y suficientes para la manifestación de este principio. Todo esto encierra el profundo y completo conocimiento de las leyes naturales. (Isis I, 400-403).

Grecia tenía su Apolo Hiperbóreo así como su Apolo Meridional. De igual modo, casi todos los Dioses de Egipto, Grecia y Fenicia, así como los de otros Panteones, son de origen septentrional, y nacidos en la Lemuria, hacia el final de la Tercera Raza. Después que se hubo completado toda su evolución física y fisiológica. Todas las “fábulas” de Grecia, podría verse que están fundadas en hechos históricos, si esta historia hubiera pasado a la posteridad sin ser adulterada por los mitos. Los cíclopes de “un solo ojo”, los gigantes presentados en la fábula como hijos de Coelus y Terra –en número de tres, según Hesíodo– fueron las tres últimas sub-razas de los Lemures, refiriéndose el “ojo único” al ojo de la sabiduría (los Cíclopes no son los solos representantes de “un ojo” en la tradición. **Los Arimaspes eran un pueblo escítico, y se le atribuía también un solo ojo. Ellos fueron los que Apolo destruyó con sus flechas); pues los dos**



ojos frontales sólo estuvieron completamente desarrollados como órganos físicos, en el principio de la Cuarta Raza. La alegoría de Ulises, cuyos compañeros fueron devorados, mientras que el rey de Itaca se salvó sacando el ojo de Polifermo con un tizón de fuego, está basada en la atrofia psico-fisiológica del “tercer ojo”. Ulises pertenece al ciclo de los héroes de la Cuarta Raza, y aun cuando era un “Sabio” respecto de esta última, debió haber sido un libertino en opinión de los cíclopes pastoriles (Ulises naufragó en la isla de Aea, en donde Circe transformó a todos sus compañeros en cerdos a causa de su *voluptuosidad*; después de esto fue arrojado a Ogygia, la isla de Calipso, en donde vivió unos siete años en relaciones ilícitas con la ninfa. Ahora bien; Calipso era una hija de Atlas, y todas las versiones antiguas tradicionales, al hablar de la isla de Ogygia, dicen que estaba muy distante de Grecia, y en medio del Océano; identificándola así con la Atlántida). Su aventura con estos últimos –la raza salvaje gigantesca, antítesis de la culta civilización de la *Odisea*- es una representación alegórica del paso gradual de la civilización ciclópea de construcciones colosales de piedra, a la cultura más sensual y física de los Atlantes, que fue causa de que la última parte de la Tercera raza perdiese su ojo *espiritual*, que todo lo penetraba. La otra alegoría, que representa a Apolo matando a los Cíclopes para vengar la muerte de su hijo Asclepio, no se refiere a las tres sub-razas representadas por los tres hijos del Cielo y de la Tierra, sino a los Cíclopes hiperbóreos Arimaspios, último resto de la raza dotada con el “ojo de la sabiduría”. Los primeros han dejado vestigios de sus construcciones en todas partes, tanto en el Sur como en el Norte; los otros estaban confinados solamente al Norte. Así, Apolo – que es principalmente el Dios de los Videntes, cuyo deber es castigar la profanación los mató (representando sus flechas las pasiones humanas fieras y letales); y ocultó su flecha detrás de una montaña en las regiones hiperbóreas. **Cósmica y astronómicamente, este Dios hiperbórico es el Sol personificado, el cual, durante el curso del año Sideral -25.868 años- cambia los climas de la superficie de la Tierra, haciendo regiones frías de las tropicales y viceversa.** Psíquica y espiritualmente su significado es mucho más importante. Como observa muy pertinentemente Mr. Gladstone en su “Dioses Mayores del Olimpo”:

Las cualidades de Apolo (juntamente con Athené) son imposibles de comprender, sin acudir a fuentes, que se encuentran más allá del límite de las tradiciones más comúnmente exploradas para la elucidación de la mitología griega).

La historia de Latona (Leto), madre de Apolo, está llena de significados diversos. Astronómicamente, Latona es la región polar, y la noche, que da nacimiento al Sol, a Apolo, a Febo, etc. Nació ella en los países hiperbóreos, en donde todos



los habitantes eran sacerdotes de su hijo, que celebraba su resurrección y descenso en su país cada diez y nueve años, a la renovación del ciclo lunar. **Latona es el Continente hiperbóreo y su Raza, geológicamente.** (Para establecer una diferencia entre la Lemuria y la Atlántida, los escritores antiguos mencionaban a esta última como Atlántida Septentrional o Hiperbórea, y a la primera como Meridional. Así Apolodoro dice: “Las manzanas de oro que se llevó Hércules no están, como algunos creen, en la Libia: están en la Atlántida Hiperbórea”. Los griegos naturalizaban a todos los Dioses que se apropiaban y los hacían helenos, y los modernos les ayudan. Así también, los mitólogos han tratado de hacer del Eridano el río Po, en Italia. En el mito de Faetón se dice que a su muerte, sus hermanas derramaron lágrimas ardientes que cayeron en el Eridano y se cambiaron en ámbar. Ahora bien, el ámbar sólo se encuentra en los mares del Norte, en el Báltico. Faetón, al encontrar su muerte, al llevar calor a las estrellas heladas de las regiones boreales, despertando en el Polo al Dragón rígido de frío y siendo precipitado al Eridano, es una alegoría que se refiere directamente a los cambios de clima en aquellos tiempos lejanos, cuando las tierras polares se convirtieron de zona frígida en un país con clima moderado y templado. El usurpador de las funciones del Sol, Faetón, precipitado al Eridano por el rayo de Júpiter, es una alusión al segundo cambio que ocurrió en aquellas regiones cuando, nuevamente, la tierra donde “florece la magnolia”, se convirtió en la tierra desolada y prohibida del lejanísimo Norte. Y de los hielos eternos. Esta alegoría cubre, pues, los sucesos de dos Paralayas, y si se comprendiera bien, debería ser una demostración de la enorme antigüedad de las razas humanas). (D.S. IV, 547-549).

. . . **Quien desee adquirir el sagrado conocimiento, ha de “preparar de antemano la lámpara de la comprensión interna”;** y después, alumbrado por tan clara luz, servirse de sus buenas acciones como de un paño para limpiar de toda impureza su místico espejo (Tal vez convenga recordar al lector que el “espejo” pertenecía al simbolismo del thesmoforia (una parte de los misterios eleusinos), y que se empleaba en la investigación del Atmu, el “Ser oculto” o “Yo”. En su excelente opúsculo sobre dichos misterios, dice el doctor Alejandro Wilder, de Nueva York: A pesar de la afirmación de Herodoto y otros autores de que los misterios báquicos eran egipcios, hay muchas probabilidades de que procedieran originalmente de la India y tuviesen carácter sivaítico o budista. Kore-Persep-honeia era la misma diosa Parasu-pani- o Bhavani, y Zagreus procede de Chakra, país que se dilata entre dos océanos. Si esto es una leyenda turania, podemos reconocer fácilmente los “cuernos” como símbolo del cuarto creciente llevado por dos lamas y convenir en que toda la leyenda (la fábula de Dionisio-Zagreus) está basada en la sucesión y



transmigración de los lamas... Toda la historia de Orfeo está impregnada de sabor indo. La leyenda de la “sucesión y transmigración de los lamas” no tuvo su origen en estos sacerdotes, cuyo establecimiento tan sólo data del siglo VII, sino en los caldeos y brahmanes, pertenecientes a época muy anterior”). (D.S. VI, 102-103).

Escuchemos a Platón:

Has de saber, Glauco, que cuando hablo de la producción del bien, me refiero al Sol. El Hijo tiene perfecta analogía con el Padre.

Jámblico llama al Sol “la imagen de la divina inteligencia o Sabiduría”. Eusebio, repitiendo las palabras de Filón, llama al sol levante, el ángel maestro; y añade que el arcángel que es *polión* no es el Verbo o Cristo. La palabra Sol se deriva de *solus*, es decir, el único o “el que está sólo”, y su nombre griego de Helios significa “el altísimo”, todo lo cual facilita la comprensión del emblema. Sin embargo, los antiguos distinguían entre el Sol y su prototipo.

Sócrates loaba al Sol naciente, como siguen hoy loándolo los parsis, Homero, Eurípides y Platón hablan del Júpiter-Logos, la “Palabra” o el Sol. No obstante, los cristianos sostienen con De Mirville, que puesto que el oráculo respondió a una consulta diciendo que el dios lao era el Sol, “debieron conocer los paganos y griegos el Jehovah de los judíos (que tiene varios nombres) que resultaría ser el mismo lao”. La primera parte de esta proposición parece que no se relaciona con la segunda, y mucho menos puede admitirse lógicamente la conclusión; pero si los cristianos se empeñan en probar la identidad de lao y de Jehovah, no se opondrán a ello los ocultistas, si bien en tal caso debemos admitir igualmente la identidad de Jehovah y Baco. Extraño es que las gentes de la cristiandad civilizada, fuertemente asidas hasta ahora a la túnica de los idólatras judíos, que fueron tan sabeos como el populacho de Caldea, no acierten a comprender que Jehovah es el concepto judaico del Ja-va o lao de los fenicios, nombre secreto de uno de los varios dioses del misterio o kabiris. **Para los iniciados en los misterios no fue nunca Jehovah “el Dios supremo” como lo consideraron los hebreos; sino tan sólo un espíritu planetario subordinado al Sol visible, de la misma manera que el Sol visible era para los iniciados el astro central, y no el Sol espiritual central.**

Y el Ángel del Señor dijo a Manoah: ¿Por qué preguntas por mi nombre, que es oculto? (Sansón hijo de Manoah, fue un iniciado del misterioso señor Ja-va. Antes de nacer prometieron sus padres que sería “nazarita”, esto es,



chela y adepto. Su culpa con Dalila y la tonsura de sus cabellos “hasta entonces no tocado por tijera”, demuestran cuán bien había guardado sus votos. La alegoría de Sansón prueba el esoterismo de la *Biblia* y también el carácter de los “Dioses del Misterio” de los judíos. Acierta Movers al definir la idea fenicia de la luz ideal diciendo que era la espiritual influencia dimanante del dios Iao, o sea “la luz sólo perceptible por la inteligencia, el principio físico y espiritual de todas las cosas, del que emana el alma”. Era la esencia masculina o Sabiduría; mientras que la materia primitiva o caos se consideraba como femenina. Así se ve que el espíritu y la materia eran ya para los fenicios, los dos principios coeternos e infinitos. Pero este era el eco del pensamiento judío, no la opinión de los filósofos paganos).

Con todo, es difícilmente discutible la identidad del Dios del Sinaí con el dios Baco, y según se indicó ya en *Isis sin Velo*, es seguramente Dionisio. Doquiera fue adorado Baco se conoció la tradición de Nyssa (Así se llamaba la ciudad de Beth-San o Escitópolis en Palestina; y el mismo nombre tenía una parte del monte Parnaso. Dice Diodoro que Nyssa estaba entre Fenicia y Egipto; Eurípides afirma que el culto de Dionisio vino de la India, y Diodoro corrobora esta afirmación diciendo: “Osiris fue formado en Nyssa, población de la Arabia feliz; era hijo de Zeus, y tomó su nombre del de su padre (nominativo Zeus, genitivo *Dios*), y el lugar fue *Dio-Nyso*, esto es, el Zeus o Jove de Nyssa. Es muy significativa la identidad de ambos nombres. En Grecia sólo se reconocía a Zeus como superior a Dionisio y así dice Píndaro: “El Padre Zeus gobierna todas las cosas, y también gobierna Baco”) y de la cueva en donde fue criado. Fuera de Grecia era Baco el dios supremo, “el omnipotente Zagreus” a cuyo servicio estuvo Orfeo, el fundador de los Misterios. Ahora bien, de no admitir que Moisés era un sacerdote iniciado, un adepto cuyas obras se relatan alegóricamente, habrá de admitirse que tanto él como su pueblo, adoraron a Baco, pues según la Escritura:

Moisés edificó un altar y le dio por nombre *Jehovah-Nissi* (es decir, Iao-nisi o Dionisi).

Para corroborar esta afirmación recordemos que, Osiris, el Zagreus egipcio o Baco, nació en el monte Sinaí, llamado Nissa por los egipcios. La serpiente de bronce era un nis (XXX), y Nisan es el mes de la Pascua judía. (D.S. V, 391-393).

. . . Sabemos por Herodoto que Orfeo, héroe muy anterior a Homero y Hesiodo, trajo los misterios de la India. Poco se sabe de Orfeo, en verdad; y hasta los últimos tiempos, la literatura orférica, y hasta los mismos argonautas, fueron atribuidos a Onamácrito, contemporáneo de Pisistrato, Solón y Pitágoras, de quien se decía que había compilado estas tradiciones



en la forma actual hacia fines del siglo VI antes de J.C., o sean 800 años después de la época de Orfeo. Pero ahora se nos dice que en tiempo de Pausanias había una familia sacerdotal que, como los brahmanes con los Vedas, aprendían de memoria los himnos órficos y oralmente los transmitían de generación en generación. Al colocar la ciencia oficial a Orfeo 1.200 años antes de J.C. admite que los misterios, o sea el ocultismo dramatizado, pertenecen a una época anterior a los caldeos y egipcios. (D.S. V, 417).

La fábula de Aristeo que persigue a Eurídice por los bosques, donde la mata una serpiente, es clarísima alegoría de la fuerza bruta (Aristeo) que persigue a la doctrina esotérica (Eurídice), muerta por acometida de los dioses solares (la serpiente, que la sepultan en el mundo subterráneo o lugar inferior, muy distinto del infierno teológico. Además, **cuando las bacantes despedazan a Orfeo, la alegoría da con ello a entender la profunda diferencia entre la religión esotérica y el culto exotérico, y que los groseros ritos populares tienen siempre entre el vulgo mejor acogida que la sencilla y divina verdad.**

Difícil resulta determinar con precisión los ritos del esoterismo órfico, pues los himnos originales se perdieron desde un principio, y ni Platón ni Aristóteles tuvieron por auténticas las copias existentes en su tiempo. Sin embargo, **la tradición oral indica que Orfeo aprendió sus doctrinas en la India de boca de los magos, o sean las mismas que profesaban los iniciados de todos los países** (Incluso Moisés, los hijos de los profetas, los nazares y los esenios. No hay que confundir a estos ascéticos nazares con los que merecieron la indignación de Oseas y otros profetas). (Isis III, 167).

Tanto los neófitos como los hierofantes de Biblos estaban obligados a ayunar y a permanecer en soledad durante algún tiempo después de la celebración de los Misterios. Iguales prácticas se requerían antes y después de los ritos báquicos, adonisiacos y eleusinos. Herodoto insinúa con temor y respeto algo referente al lago de Baco, donde “los sacerdotes efectuaban por la noche escenas de la vida y pasión de Dios”. En los misterios de Mithra el neófito simulaba la escena de la muerte antes de “nacer de nuevo” por virtud del bautismo.

Los sacerdotes de los Misterios estaban circuncidados, y el neófito no podía recibir la iniciación sin haber asistido de antemano a los Misterios de Iago. Los nazarenos recibían el bautismo en el río Jordán y no en otras aguas; también



estaban circuncidados y ayunaban antes y después de la ceremonia bautismal. Por esta razón ayunó Jesús cuarenta días en el desierto después de recibir el bautismo.

Hoy mismo hay en el recinto externo de todos los templos de la India un estanque, arroyo o balsa de agua bendita para las abluciones cotidianas de los brahmanes y de los fieles. (Isis III, 179).

Los *koinobis* vivían en Egipto donde Jesús pasó su primera juventud y se les confundía con los *terapeutas* que eran una de sus numerosas ramas, según aseveran Higgins y De Rebold. Tras la ruina de los principales santuarios, ya comenzada en tiempo de Platón, las diversas sectas, entre las que se contaban los *gimnósofos*, los *magos*, los pitagóricos, los *sufis* y los *rasis* (*esenios*, *carmelitas* o *nazarenos*) de Cachemira, **constituyeron una especie de masonería o confederación internacional de sus sociedades esotéricas**. (Isis III, 417).

Puede afirmarse que los modernos filósofos no han dado un paso más allá (escrito en 1.880) de los sacerdotes de Samotracia, los indos y los gnósticos cristianos. La parigualdad de la materia y de la fuerza está simbolizada en el mito samotraciense de los gemelos Dioskuros, hijos del cielo, a que alude Schweigger, que mueren y resucitan juntos, siendo absolutamente necesario *que uno muera para que el otro viva*. **Conocían los sacerdotes de Samotracia, tan bien como los físicos modernos, la transformación de la energía y aunque los arqueólogos no hayan encontrado aparato alguno a propósito para esta transformación, se infiere fundadamente por analogía, que casi todas las religiones antiguas se apoyan en el principio de coeternidad de la materia y de la fuerza y en la doctrina según la cual todo emana del sol central espiritual, del espíritu de Dios, en el conocimiento de cuya potencialidad se funda la magia teurgia**. A este propósito dice Proclo: “De la propia manera que el amante se eleva poco a poco de la belleza plástica a la belleza divina, así los antiguos sacerdotes establecieron una ciencia basada en la mutua simpatía y semejanza que echaron de ver en las cosas subsistentes en el todo universal con las internas potencias que algunas de ellas manifiestan. De este modo descubrieron lo supremo en lo ínfimo y lo ínfimo en lo supremo, es decir, las cualidades terrenas en su celeste condición causal y las cualidades celestes adaptadas a la condición terrena”. (Isis I, 400-401).



En los Misterios de Mithra, el neófito que triunfaba de las doce pruebas precedentes a la iniciación recibía una hostia de pan ázimo con figuras en ambas caras, que entre otros simbolismos tenía el disco solar, y se la llamaba también “pan celeste” o “maná”. **Rociaban después al candidato con la sangre de un cordero o de un toro sacrificado al efecto, como cuando la iniciación del emperador Juliano, y se le comunicaban las siete reglas misteriosas equivalentes a los siete sellos de que nos habla el evangelista Juan en el Apocalipsis**, quien indudablemente alude a esta ceremonia. (Isis IV, 10).

A los misterios de *Dionisio Sabazio* sucedieron los de Mitra, cuyas cuevas substituyeron a las antiguas criptas desde Asiria hasta Bretaña. El dios Serapis, venido del Ponto, depuso de su trono a Osiris. **El rey indo Asoka abrazó la religión budista y envió misioneros a difundir por Grecia, Asia menor y Egipto el Evangelio de Sabiduría, logrando convertir a los esenios de Judea y Arabia, los terapeutas de Egipto y los pitagóricos de Grecia, y Asia menor. En todos estos países las alegorías budistas substituyeron a los mitos de Horus, Anubis, Adonis, Atys y Baco, que metamorfoseados con arreglo a las nuevas creencias se incorporaron consiguientemente en los evangelios sinópticos y en el llamado apócrifo**, que los ebionitas, nazarenos y otras primitivas escuelas cristianas mantuvieron secretos sin enseñarlos más que a los iniciados, hasta que se los arrebató la predominante influencia del dogmatismo romano. (Isis IV, 206-207).

En los misterios menores se efectuaba la operación de lavar una marrana, que luego se dejaba otra vez entre el fango, para significar la purificación del neófito y lo insuficiente de la obra hasta entonces cumplida. (Isis IV, 209).

En los Misterios el vino era símbolo de Baco y el pan de Ceres. **El hierofante, antes de la iniciación final ofrecía al candidato el pan y el vino para que de ellos bebiera en señal de que su espíritu iba a vivificar la materia e infundirse en cuerpo la sabiduría divina por medio de los conocimientos que se le iban a comunicar.** Además, Jesús solía compararse con la vid, y al hierofante revelador del *petroma* se le daba el título de Padre. Así es que cuando Jesús dice: “Bebed, esta es mi sangre”, se compara con la vid que produce la uva, cuyo zumo es el vino, su sangre, para significar que así como él había sido iniciado por su Padre, deseaba iniciar a otros. Su Padre es el labrador, él la vid y sus discípulos los sarmientos; pero como los judíos no entendían la simbólica



terminología de los Misterios y por otra parte les prohibía la ley de Moisés derramar sangre, natural era que les sorprendieran las palabras de Jesús al decirles que comieran su carne y bebieran su sangre. (Isis IV, 306-307).

Asiria es el país de Nemrod (de la raíz *nimr*, salpicado), equivalente a Baco, con su manchada piel de leopardo que, como accesorio ritualístico, se empleaba en los Misterios (lo mismo en los de Eleusis que en los egipcios. Esta piel aparece esculpida en los relieves de las ruinas centroamericanas sobre la espalda de los oficiantes. También la menciona el *Aytareya Brahmana* al explicar el significado de las plegarias sacrificiales. Asimismo se emplea la piel de leopardo en el *agnishtoma* o ceremonia de la iniciación en el misterio de *Soma*. Al neófito se le cubre con una piel de leopardo, de entre la cual surge como del claustro materno para *nacer de nuevo*.

Los *kabires* eran también dioses *asirios*, en número indeterminado, conocido por el vulgo con los nombres de Júpiter, Baco, Aquioquerso, Asquieros, Aquioquersa y Cadmilo; pero en el “lenguaje sagrado” tenían otros nombres tan sólo conocidos de los sacerdotes. **¿Cómo explicar entonces, que en Nagkon-Wat aparezcan en las mismas actitudes con que se les representaba en los Misterios de Samotracia, y que en Siam, Tibet e India se les denomine, salvo ligeras modificaciones de pronunciación, tal como se les llamaba en lengua sagrada (el centro cultural de estas divinidades radicaba en Hebrón, la ciudad de los *anakes* o gigantes).**

El nombre de *Kabir* puede derivarse indistintamente de las palabras (*abir*, grande), (*ebir*, astrólogo) ò (*chabir*, asociado). (Isis II, 364).

Según dice Anthon, **en los Misterios de Samotracia, después de la distribución del fuego puro, empezaba una nueva vida.** Este era el nuevo nacimiento a que Jesús aludía en su plática con Nicodemo. Y, sobre lo mismo, dice Platón: “Iniciaos en el más vendido misterio y sed puros... para llegar a ser justos y santos con sabiduría”. A lo cual añade Juan el Evangelista: “Y dichas estas palabras, sopló sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo”.

Este simple acto de la voluntad bastaba para transmitir el don de profecía en su más alta modalidad, si tanto el iniciador como el iniciado eran dignos de ello. (Isis I, 252-253).



La fiesta de los Misterios eleusinos duraba siete días, del 15 al 22 del mes de Boedromion (Septiembre), en la época de la vendimia. La fiesta hebrea de los Tabernáculos duraba del 15 al 22 del mes de Ethanim, y el Éxodo la llama también *fiesta de las mieses* o de las *cabañuelas*. Plutarco opina que la fiesta de los Tabernáculos pertenecía al rito báquico y no al eleusino, porque dice que “se invocaba directamente a Baco”. (Isis III, 62-63).

***Epopteia*, de *epi* (por encima) y *optomai* (mirar adentro).** Etimológicamente es, por lo tanto, sinónima de inspeccionar. El mismo significado tiene la palabra sánscrita *evâpto* (que también quiere decir obtener), pues ambas equivalen a revelación, no por medio de agente humano, sino por la “recepción de la bebida sagrada” que en la India era el *soma* y en Eleusis la copa *epoptéyica*. Ya hemos dicho que los Misterios griegos derivaban de los ritos védicos y estos a su vez procedían de los Misterios prevédicos de la primitiva filosofía esotérica o *búdhica*. Conviene no confundir los adjetivos *búdhico* y budista. El primero se aplica a todo lo concerniente al plano *búdhico* (principio de sabiduría), mientras que el segundo se aplica a todo lo relativo a la religión fundada por Gautama. (Isis III, 114).

Si los caldeos más antiguos, conocían la verdad esotérica, oculta en las leyendas puránicas, las otras naciones sólo conocían el Misterio Samotracio (que se llevaba a cabo en la isla de Samotracia, también llamada Electria). Lo adaptaron a sus nociones astronómicas y antropológicas, o más bien fálicas. Históricamente, se sabe que Samotracia ha sido célebre en la antigüedad por un diluvio que sumergió el país y alcanzó la cima de las más altas montañas; suceso que tuvo lugar antes del tiempo de los argonautas. Se inundó rápidamente por las aguas del Euxino, que hasta entonces había sido considerado como un lago. (D.S. III, pág. 6).

... Pero “Argos” es Arghyavarsha, la Tierra de las Libaciones y de los antiguos Hierofantes, de donde saldrá el Libertador de la Humanidad, nombre que se convirtió edades después en el de su vecina la India: la Aryâvarta de antaño.

Varios escritores antiguos, entre ellos Cicerón y Clemente de Alejandría, han dicho que el asunto formaba parte de los Misterios Sabasian. Estos últimos escritores son los únicos que atribuyen a su verdadera causa, el hecho de haber sido Esquilo acusado por los atenienses de sacrilegio y condenado a morir



apedreado. Dicen ellos que Esquilo, no estando iniciado, había profanado los Misterios exponiéndolos en sus Trilogías en un escenario público. Pero habría incurrido en la misma pena si hubiese sido iniciado; lo cual es lo que debe haber sucedido, porque de otro modo hubiera tenido, como Sócrates, un Demonio que le revelase el Drama alegórico, sagrado y secreto, de la iniciación. **En todo caso, el “padre de la tragedia griega” no fue quien inventó la profecía de Prometeo; pues lo que él hizo fue sólo repetir en forma dramática lo que era revelado por los sacerdotes durante los Misterios de Sabasia (la Sabasia era una festividad periódica, con Misterios establecidos en honor de algunos Dioses, una variante de los Misterios de Mithra. Toda la evolución de las razas se ejecutaba en estos Misterios). Estos últimos eran una de las festividades sagradas más antiguas, cuyo origen es hasta hoy día desconocido de la historia.** Los mitólogos la relacionan, por medio de Mithra, el Sol, llamado Sabasio en algunos antiguos monumentos, con Júpiter y Baco. Sin embargo, no fue nunca propiedad de los griegos, sino que data de tiempo inmemorial. (D.S. III, 696-697).

Acabada demostración de la teoría de los ciclos tenemos en que 700 años antes de la era cristiana enseñaban las escuelas de Tales y Pitágoras el movimiento y figura de la tierra con todo el sistema heliocéntrico; y 317 años después de J.C. vemos que Lactancio, preceptor de Crispo César, hijo de Constantino el Magno, enseñaba a su discípulo que la tierra es una llanura rodeada por el cielo, que a su vez está compuesto de fuego y agua, y le previene contra la herética doctrina de la esfericidad de la tierra. **Siempre que engréidos de un nuevo descubrimiento dirigimos la vista al pasado, encontramos para nuestro desencanto ciertos vestigios indicadores de la posibilidad, sino de la certidumbre, de que el presunto descubrimiento no era completamente desconocido de los antiguos.** (Isis II, 305-306).

Se afirma como indudable que ni los hebreos de la época mosaica ni las naciones más civilizadas del tiempo de los Ptolomeos conocían la electricidad; pero quien se aferre a esta opinión no será por falta de pruebas en contrario, y aunque desdeñemos indagar el profundo significado de algunos pasajes de Servio y otros autores, no podremos olvidarlos hasta el punto de que un día se nos revele toda la expresiva verdad de su real significado. Así dice: “Los primitivos habitantes de la tierra no ponían nunca fuego en los altares, sino que con sus preces atraían el fuego del cielo... **Prometeo descubrió y reveló a los hombres el arte de atraer el rayo. Por este moto atraían el fuego de la región superior**”. Si después de



reflexionar sobre estas palabras, persistimos en considerarlas como fraseología de fábula mitológica, será mayor aun nuestra confusión al volver la vista a Numa, el rey filósofo tan renombrado por sus conocimientos esotéricos. No podemos acusarle de ignorancia ni de superstición ni de credulidad; porque, según atestigua la historia, estaba firmemente resuelto a extinguir el politeísmo idolátrico, de cuyo culto había disuadido tan bien a los romanos, que durante algunos siglos no se vieron imágenes ni estatuas en sus templos. Por otra parte, los historiadores antiguos nos dicen que Numa poseía notables conocimientos de física y, según tradición, los sacerdotes etruscos le iniciaron e instruyeron en el secreto de obligar a Júpiter Tonante a que descendiese a la tierra. Ovidio dice también que por aquel tiempo empezaron los romanos a adorar a Júpiter Elicio. Por su parte, opina Salverte que muchos siglos antes de los experimentos de Franklin, los había ya llevado a cabo Numa con excelente éxito, y que Tulio Hostilio fue la primera víctima del peligroso “huésped celeste”. Tito Livio y Plinio cuentan el caso que como Tulio Hostilio encontrara en los *libros de Numa* las instrucciones necesarias para ofrecer sacrificios a Júpiter Elicio, se equivocó al seguirlas y fue “herido por el rayo y consumido en su propio palacio”. Observa Salverte que en la exposición de los secretos científicos de Numa de vale Plinio de “excepciones” que parecen indicar dos distintos procedimientos: uno para provocar el rayo (*impetrare*) y otro para obligarle a caer (*cogere*). Isis II, 306-307).

La excelencia de los egipcios en ciencias exactas se revela en que los griegos, a quienes consideramos como fundadores de la matemática y en particular de la geometría, aprendieron en Egipto. Dice Smyth, citado por Peebles, que los “conocimientos geométricos de los constructores de las pirámides principian donde los de Euclides acaban”. Antes de que la historia engendrara a Grecia, ya eran viejas y perfectas las artes egipcias. La agrimensura, derivada de la geometría, se conocía prácticamente en aquel pueblo, pues, según dice la Biblia, Josué distribuyó proporcionalmente entre los hijos de Israel la recién conquistada tierra de Canaán. ¿Y como hubiera sido posible que los egipcios tan versados en filosofía natural, no lo estuvieran igualmente en psicología y filosofía espiritual? El templo era plantel de la más refinada civilización y en él se guardaba el altísimo conocimiento de la magia que constituía la quinta esencia de la filosofía natural. Con celoso sigilo se enseñaba el empleo de las fuerzas ocultas de la naturaleza, y durante la celebración de los Misterios operaban los sacerdotes prodigiosas curas. Herodoto reconoce que los griegos aprendieron de los egipcios cuanto sabían, incluso las ceremonias religiosas y el servicio de los templos, que por esta razón estaban principalmente dedicados a divinidades egipcias. El famoso Melampo, saludador y adivino de



Argos, recetaba según el arte de los egipcios, de quienes lo habían aprendido, siempre que deseaba que la cura fuese eficaz; y así curó a Ificlo de impotencia y debilidad por medio del *orín de hierro*, que al efecto le había indicado Mantis. Dice Diodoro que la diosa Isis ha merecido la inmortalidad porque todas las naciones de la tierra tienen pruebas de su poder para curar las enfermedades, “según está demostrado, no por fábulas, como entre los griegos, sino por hechos auténticos”. Por su parte, Galeno menciona varias medicinas que se confeccionaban en los templos y alude a una panacea llamada Isis. **La enseñanza de los filósofos griegos que aprendieron en Egipto revela el profundo saber de sus Maestros. Orfeo, Pitágoras, Herodoto, Platón y Solón estudiaron en los mismos templos, de boca de los mismos sacerdotes.** Refiere Plinio, que según testimonio de Antíclides, las letras del alfabeto fueron inventadas por el egipcio Menon, medio siglo antes de la época de Foroneo, el más antiguo rey griego. Jablonsky demuestra que Pitágoras tomó de los sacerdotes egipcios el sistema heliocéntrico y la esfericidad de la tierra, pues lo conocían desde tiempo inmemorial por haberlo aprendido de los brahmanes de la India. También Fenelón, el ilustre arzobispo de Cambrai, afirma que Pitágoras tuvo estos conocimientos y enseñó a sus discípulos, no sólo la redondez de la tierra, sino la existencia de las antípodas, siendo además el primero en descubrir la identidad de la estrella matutina y vespertina. (Isis II, 313-315).

Egipto fue la cuna de la química. Kenrich demuestra que esta palabra se deriva de *Chemi* o *Chem*, nombre primitivo del país, cuyos habitantes conocieron perfectamente la fabricación de colores. Los hechos, hechos son. ¿Qué pintor contemporáneo podría decorar las paredes de nuestros edificios con inalterables colores? Cuando nuestras deleznable construcciones se hayan convertido en montones de polvo y las ciudades en informes ruinas de mortero y ladrillos, sin que nadie se acuerde de sus nombres, todavía permanecerán en pie las piedras de *Karnak* y *Luxor*, y las espléndidas pinturas murales de este último monumento serán, indudablemente, tan vivas y brillantes dentro de cuatro mil años, como lo son hoy día y lo fueron cuatro mil años atrás. Dice el ya citado **autor anónimo que “el embalsamamiento de las momias y la pintura al fresco no eran entre los egipcios artes debidas a la casualidad, sino que las establecieron por preceptos fijos y reglas tan definidas como cualquier inducción de Faraday”.**

Los museos italianos se enorgullecen hoy de sus pinturas y vasos etruscos, y las orlas decorativas de los vasos griegos admiran a los anticuarios, que las atribuyen a los artistas helénicos, cuando en rigor “son meras copias de las que ostentan los vasos egipcios”, según se colige de los dibujos existentes en una tumba de la época de Amenoph I, antes de la Grecia.



¿Qué hay en nuestros días comparable a los templos de *Ipsambul* (Baja Nubia) abiertos en la roca? Allí se ven estatuas sedentes de setenta pies de alto (21,5 mts.) tallados en la peña viva. El torso de la estatua de Ramsés II en Tebas mide sesenta pies de contorno (18,5 mts.) en proporción de las demás partes de la figura, con la que comparada nuestra estatuaria parece de pigmeos.

Los egipcios conocieron el hierro mucho antes de la construcción de la primera Pirámide, o sea hace unos 20.000 años, según computo de Bunsen, como la prueba el hallazgo por el coronel Howard Vyse, de una pieza de hierro oculta en un intersticio de la pirámide de Cheops, dónde sin duda alguna la colocaron los constructores. Los egiptólogos han encontrado copiosos indicios de que ya en tiempos prehistóricos conocían los antiguos con mucha perfección la metalurgia, y aun hoy se ven en el Sinaí grandes montones de escorias procedentes de las fundiciones. La práctica de la metalurgia y de la química se resumía en aquellos tiempos en la alquimia y formaba parte de la magia prehistórica.

En cuanto a la navegación, podemos probar, bajo testimonio de fidedignas autoridades, que Necho II armó en el mar Rojo una flota de exploración que navegó durante dos años, saliendo por el estrecho de Bab-el-Mandel y regresando por el de Gibraltar, aunque Herodoto no se muestra muy dispuesto a reconocerles esta proeza marítima, pues “le parece increíble la afirmación de aquellos navegantes respecto de que al volver de regreso a su país se levantaba el sol a su derecha”.

Sin embargo, el autor que estamos comentando dice sobre el particular: “No obstante, quienquiera que haya doblado el cabo de Buena Esperanza tendrá por incontrovertible la afirmación de los navegantes egipcios que tan inverosímil le parecía a Herodoto, quedando con ello demostrado que los egipcios realizaron la hazaña marítima repetida por Vasco de Gama muchos siglos después. De los navegantes egipcios se refiere que durante su viaje desembarcaron en dos puntos sucesivos de la costa donde, tras sembrar y cosechar trigo, se hicieron de nuevo a la vela para cruzar triunfantes por entre las columnas de Hércules en demanda de Egipto... Este pueblo mereció la denominación de *veteres* con mayor justicia que los griegos y romanos. La joven Grecia, neófita en conocimientos, los voceaba a cuatro vientos para llamar la atención del mundo entero. El viejo Egipto, encanecido en la sabiduría, confiaba tanto en su ciencia, que sin empeño alguno en excitar la admiración hacía el mismo caso de los petulantes griegos como el que hoy hacemos nosotros de un salvaje de las islas Fidji”.



Un venerable sacerdote egipcio le dijo cierta vez a Solón: “Ah Solón, Solón! Los griegos seréis siempre niños, porque desconocéis la sabiduría antigua y estáis faltos de duradera disciplina”.

En efecto, quedó Solón en extremo sorprendido cuando los sacerdotes egipcios le dieron a entender que la mayor parte de las divinidades griegas eran remedo y copia disimulada de las egipcias. **Así decía con mucha razón Zonadas: “Todas estas cosas vinieron sucesivamente de Caldea a Egipto y de aquí pasaron a los griegos”.** (Isis II, 326-330).

Pero, ¿Por qué es imposible la evolución si “el hombre fue creado ser perfecto y luego se degradó”? Cuando más sólo podrá esto aplicarse al hombre externo físico. Según se observa en Isis sin Velo, la evolución de Darwin principia en el punto medio, en vez de comenzar para el hombre, como todas las demás cosas, desde lo universal. El método Aristotélico-Baconiano podrá tener sus ventajas, pero ya ha demostrado, indudablemente, sus defectos. Pitágoras y Platón, que procedían desde lo universal hacia abajo, resultan ahora, a la luz de la ciencia moderna, más sabios que Aristóteles. Pues este último combatía y condenaba la idea de la revolución de la Tierra, y aun de su redondez, cuando escribía: “Casi todos los que afirman que han estudiado el cielo en su uniformidad, sostienen que la tierra se encuentra en el centro; pero los filósofos de la Escuela Italiana, también llamaos los Pitagóricos, enseñan enteramente lo contrario”.

Esto era debido a que los Pitagóricos eran Iniciados y seguían el método deductivo; mientras que Aristóteles, el padre del sistema inductivo, se quejaba de los que enseñaban que: “El centro de nuestro sistema estaba ocupado por el sol, y que la tierra sólo era una estrella, que por un movimiento de rotación en derredor de aquel mismo centro, producía la noche y el día”.

Lo mismo sucede con respecto al hombre. (D.S. III, 253-254).

La antigüedad de la Doctrina Secreta puede reconocerse mejor cuando se muestra el punto de la historia en que sus misterios habían sido ya profanados en provecho de déspotas ambiciosos y de astutos sacerdotes. Los dramas religiosos de profunda ciencia y filosofía, cuyo argumento estaba tejido con las más grandes verdades del universo espiritual y de la sabiduría oculta, eran ya perseguidos mucho antes de la época de Platón y aun de Pitágoras. Sin embargo, las primievas revelaciones hechas el



género humano no habían desaparecido con los misterios; y han quedado como patrimonio reservado a futuras y más espirituales generaciones.

Se dijo en *Isis sin Velo* que en tiempo de Aristóteles no tenían ya los misterios su primitiva solemnidad y grandeza. Los ritos habían caído en desuso y degenerando en gran parte en especulaciones sacerdotales y ficciones religiosas. Es inútil afirmar cuándo aparecieron por primera vez en Grecia, puesto que la historia documentada de Europa puede asegurarse que empieza con Aristóteles, ya que antes de esta época todo se enreda en inextricable confusión cronológica. Baste decir que en Egipto se conocían los misterios desde los días de Moisés; y que Orfeo los llevó de la India a Grecia. En un artículo titulado: “¿Se conocía la escritura antes de Pânini”? se afirma que los pandús habían adquirido universal dominio sobre otras razas, y enseñándoles los misterios “sacrificiales”, unos 3.300 años antes de J.C. Efectivamente, cuando Orfeo, hijo de Apolo o Helios, recibió de su padre el phorminx (la lira de siete cuerdas, símbolo del séptuple misterio de la iniciación), ya los misterios se habían enmohecido con la edad en el Asia central y la India. Dice Herodoto que Orfeo trajo los misterios de la India; y Orfeo es muy anterior a Homero y Hesíodo. Así es que ya en tiempos de Aristóteles, quedaban pocos adeptos verdaderos, en Europa y aun en Egipto. Los herederos de los que había dispersado la espada de los diversos invasores del Egipto antiguo estaban también dispersos; y si ocho o nueve mil años ante la corriente de conocimiento se había deslizado lentamente desde las mesetas del Asia central, hacia la India, Europa y el norte de África, por los años 500 antes de J.C. empezó a remontar la corriente hacia el manantial de origen. Durante los dos mil años siguientes quedó casi completamente extinguido en Europa el conocimiento de la existencia de grandes adeptos, aunque en algunos lugares secretos se celebraban sin embargo los misterios en toda su primitiva pureza. El “Sol de Justicia” fulguraba todavía en el *cielo de medianoche*; y mientras las tinieblas planeaban sobre el mundo profano, la eterna luz del adyta iluminaba las noches de iniciación. **Los verdaderos misterios nunca se dieron en público. Los Eleusina y Agrae eran para las multitudes; el dios XXXXX del “buen consejo”, la gran divinidad orférica, para el neófito.**

¿Quién era el misterioso Dios que los simbologistas han confundido con el Sol? Todo el que conozca la antigua fe exotérica de los egipcios, sabe que para el pueblo era Osiris el Sol en el cielo, el “rey celeste”, Ro-Imfab; que los griegos llamaban al Sol “el ojo de Júpiter”, como para los modernos parsis ortodoxos es “el ojo de Ormuzd”, que, además, era considerado el Sol como el “Dios omnividente”, el “Dios Salvador” y el “Dios preservador”.

En el papiro de Paferonmes de Berlín, traducido por Mariette Bay, se lee:



Gloria a ti ¡oh Sol!, niño divino... tus rayos envían vida al puro y al ingenuo... Los dioses (los hijos de Dios) que se te acercan, tiemblan de pavor deleitoso... Tú eres el primer nacido, el Hijo de Dios, la Palabra (Al que acaba de iniciarse se le llama “primer nacido”, y en la India “dos veces nacido” (*dwija*) cuando alcanza su final y suprema iniciación. Todo adepto es “hijo de Dios” e “hijo de la Luz”, después de recibir la “Palabra” y los siete divinos atributos de la “lira de Apolo”). (D.S. V, 388-390).

Si hemos de creer a los antiguos iniciados, forzoso nos será admitir la interpretación que dieron a los símbolos, sobre todo si vemos que coincide con las enseñanzas de los más preclaros filósofos hasta el punto de representar la misma idea que los actuales Misterios de Oriente.

Demeter era el símbolo del vehículo astral que, no obstante su naturaleza sutil, se contaminaba con la materia a través de sucesivas evoluciones espirituales. De este símbolo podemos inferir el de la matrona Baubo, la hechicera que para adaptar el alma (Demeter) a su nueva situación se ve precisada a tomar forma infantil. Baubo es el cuerpo físico que proporciona al alma el único medio capaz de acostumarla a su terrena cárcel, previo el paso por la inocencia infantil. Hasta el momento de encarnar, Demeter o Magna mater (el alma) duda, vacila y se acongoja; pero en cuanto prueba el bebedizo preparado por la hechicera Baubo, calma su ansiedad y se infunde en el infantil cuerpo, donde durante algún tiempo pierde la conciencia de su precedente estado mental, que ha de recobrar tras nueva lucha iniciada con el uso de la razón. El alma se halla entonces entre la materia (cuerpo físico) y el âtma o espíritu inmortal (nous). ¿Quién vencerá? La triada superior recibirá el resultado de la batalla de la vida. **Si prevalecen los placeres materiales con sus correspondientes abusos, a la muerte del cuerpo físico seguirá la desintegración del astral; pero, en caso contrario, si prevalece la naturaleza superior, en vez de desintegrarse el cuerpo astral se unirá con el supremo principio de la triada superior, único capaz de conferirle la inmortalidad. Entonces conoce el hombre las divinas verdades del más allá de la vida antes de la muerte del cuerpo. Los semidioses abajo; los dioses arriba.**

Tal era el principal objeto de los Misterios que algunos simbologistas modernos ridiculizan y los teología los representa de índole diabólica. La imputación de falsedad y locura contra puros y sabios hombres de la antigüedad y la Edad Media proviene de ignorar o no creer en las potenciales facultades que todo hombre lleva inherentes y que puede educir en muy superior grado, hasta llegar a ser un hierofante, para educirlas después en cuantos se sometan al mismo



régimen disciplinario. Los hierofantes apenas insinuaron lo que vieron en su última hora terrena; pero Pitágoras, Platón, Plotino, Proclo y muchos otros aseveraron la insinuación.

Ya en el recinto interno del templo, ya por el particular estudio de la teúrgia o por la austera espiritualidad de su vida, todos los iniciados adujeron en sí mismos evidente prueba de la posibilidad que tiene todo hombre de ganar la vida eterna tras ruda pelea en la vida temporal.

Platón alude vagamente a la *epopteia* o *revelación final*, diciendo: Una vez iniciado en los Misterios que a todos superan por lo sagrado, me vi libre de males a que de otro modo hubiera estado expuesto en lo futuro. También por esta divina iniciación pude contemplar *benditas visiones* en el seno de la pura luz.

Este pasaje demuestra que los iniciados poseían la facultad de ver entidades espirituales; y según acertadamente observa Taylor, se colige de otros pasajes análogos de las obras escritas por los iniciados, que lo más sublime de la *epopteia* consistía en la contemplación de los dioses (los espíritus planetarios) rodeados de refulgente luz. Inequívoca prueba de ello nos lo da el siguiente pasaje de Proclo: En todas las iniciaciones y ceremonias de los Misterios se aparecen los dioses en diversidad de formas y variedad de aspectos, todos ellos luminosos, con resplandor que de la propia figura emana, y toma algunas veces contornos humanos y otras asume configuración distinta.

Las afirmaciones de Platón corroboran nuestra creencia de que los Misterios de la antigüedad pagana eran idénticos a la actual iniciación de los adeptos, hinduistas y budistas, cuyas beatíficas y verdaderas visiones no son resultado de trances o éxtasis mediumnímicos, sino de la disciplina y gradual educción de las internas facultades a través de sucesivas iniciaciones. Los *mystae* (iniciados) intimaban con los “dioses resplandecientes” o “místicas naturalezas”, según Proclo los llama. Así lo confirma Platón al decir: e veía puro e inmaculado en cuanto quedaba libre de esta vestidura que nos envuelve, llamada cuerpo, a la que estamos en la tierra adheridos como la ostra a la concha.

Tenemos, por lo tanto, que la enseñanza de los *pitris* planetarios y terrestres solo se revelaba enteramente en la antigua India, lo mismo que ahora, en el último grado de iniciación. Muchos faquires de irreprochable conducta y pura y abnegada vida no han podido ver la forma astral de un *pitris* humano o antepasado terrestre, sino en el supremo instante de la iniciación, cuando el guru le entrega el bambú de siete nudos como insignia de su nueva dignidad. Entonces ve cara a cara a la desconocida entidad, a cuyos pies se postra; pero no recibe el poder de evocación, porque este es el supremo misterio de la sagrada sílaba AUM, símbolo



de la trínica individualidad humana, además de serlo también de la abstracta *Trinidad védica*. Cuando el Ego o trínica individualidad anticipa transitoriamente en el momento de la iniciación aquella unidad que ha de lograr al vencer a la muerte, entonces se le permite al iniciado vislumbrar su Ego futuro.

Dice Vrihaspati que en la antigua India estaba prohibido, bajo pena de muerte, revelar al vulgo el misterio de la Tríada. Tampoco era lícito revelarlo en *Eleusis* y *Samotracia*, ni en la actualidad, pues debe seguir siendo un misterio confiado a los adeptos, mientras la ciencia materialista lo tenga por quimérico y la teología dogmática por diabólico. (Isis III, 142-147).

Se inculpa a los Hierofantes de administrar a los candidatos en el acto de la iniciación ciertas pócimas o bebedizos anestésicos, que producen las visiones anteriormente referidas. Ciertamente, emplearon y aun emplean bebidas sagradas como el Soma, con eficacia bastante para permitirle al candidato la temporánea actuación en el cuerpo astral; pero en estas visiones no hay ni más ni menos falacia que la que pueda haber en la observación del mundo infinitesimal con auxilio del microscopio. No es posible comunicarse conscientemente ni conversar con un espíritu puro mediante los sentidos físicos, pues sólo de espíritu a espíritu cabe la comunicación espiritual, de modo que se vean y hablen los espíritus; y aun el mismo cuerpo astral es demasiado grosero y tan contaminado está de materia física que no puede percibir ni vislumbrar el espíritu.

El ejemplo de Sócrates nos representa los peligros de la mediumnidad ineducada. El célebre filósofo era médium de nacimiento y tenía por consejero a un espíritu familiar (*daimonia*) que al fin causó la muerte de su poseído. Es común sentir que Sócrates no solicitó jamás la iniciación en los Misterios; pero los *Anales sagrados* nos dicen que no se le pudo admitir en los ritos por impedírsele su mediumnidad, pues la regla de los Misterios prohibía la admisión de cuantos deliberadamente profesaran la hechicería o tuviesen espíritu familiar. Esta regla era justa y lógica porque todo médium es más o menos irresponsable (así se explican ciertas extravagancias de Sócrates) y forzosamente pasivo, que se deja gobernar por su guía sin atender a ninguna otra regla ni autoridad. Todo médium cae en trance al antojo de la entidad poseedora, y por lo tanto no era posible confiar a un médium los secretos de la *epopteia*, cuya revelación estaba penada de muerte. El viejo filósofo dejóse arrebatado en un momento de descuido por la inspiración de su familiar, y reveló inaprendidos conceptos que sus compatriotas creyeron ateísticos y, en consecuencia, le condenaron a muerte.



Ante el ejemplo de Sócrates no cabe afirmar con verdad que los videntes y taumaturgos iniciados en los Misterios del recinto interior fuesen médiums por el estilo de los espiritistas. No lo fueron Pitágoras ni Platón ni Jámblico ni Longino ni Proclo ni Apolonio de Tyana, porque, de serlo, no se les hubiera admitido a la iniciación en los Misterios. Las facultades espirituales de los iniciados eran propias de su ministerio sacerdotal, y la inquebrantable creencia de toda la antigüedad en estas facultades, muchísimo antes de aparecer la escuela neoplatónica, demuestra que, en contraposición de las mediumnísticas, puede educir el hombre facultades muy superiores con auxilio de una misteriosa ciencia que muchos discuten y pocos conocen.

El uso de estas facultades aviva en el hombre el anhelo de morar en su verdadera patria y de alcanzar la vida futura, con la vehemente aspiración de identificarse con el Yo superior. El abuso de las mismas facultades extravía al hombre por los yermos de la hechicería, brujería o magia negra.

Equidistante del adepto y el hechicero está el médium, cuyos inconsistentes vehículos dan materia a propósito para que de ellos se valga como de instrumentos fenoménicos, ya los adeptos, ya los hechiceros, según el ambiente de atracción que haya formado por las circunstancias de su vida o por las condiciones de su herencias física y mental. En el primer caso será su destino una bendición, pero en el segundo será un precito hasta que se purifique de la terrena escoria.

El sigilo en que siempre se mantuvieron los Misterios obedecía a dos razones principales: la pena de muerte infligida a quien los quebrantara y las difícilísimas pruebas que tenía que sufrir el candidato antes de la iniciación final, con riesgo de perder el juicio. Pero a ninguno se exponía quien, por haber espiritualizado su mente, estaba prevenido contra todo linaje de visiones terroríficas. Nada ha de temer quien esté plenamente convencido del poder de su inmortal espíritu y ni por un momento dude de su omnimoda protección; pero ¡ay del candidato que por el más leve temor, hijo enfermizo de la materia, pierda la fe en la invulnerabilidad de su espíritu! Sentenciado está quien carezca de la suficiente preparación moral para recibir la carga de tan terribles secretos.

Nada ha de temer el puro de corazón que emprende el estudio de esta ciencia con propósito de perfeccionarse y alcanzar más rápidamente la prometida inmortalidad. Quien ha de temblar es el que toma dicho estudio con el deseo puesto es logros mundanos. *Este último nunca podrá resistir las cabalísticas invocaciones de la suprema iniciación.*



De la propia manera que los comentadores tendenciosos vituperan las ceremonias de los Misterios antiguos, podrían vituperar las licenciosas ceremonias de las mil y una sectas del primitivo cristianismo. Pero no merecen los Misterios antiguos tal vituperio de los teólogos cristianos, si se tiene en cuenta que en España y Mediodía de Francia estuvieron siglos atrás muy en boga las representaciones teatrales de los misterios religiosos (se llamaban Autos sacramentales, y Calderón de la Barca compuso muchos de ellos), entre ellos el de la Encarnación, cuyos personajes eran María, José y el arcángel Gabriel. (Isis III, 150-154).

Otfriedo Muller nos descubre **las diferencias entre los Misterios órficos y el culto exotérico de Baco, aunque los iniciados en ellos profesaban públicamente la religión báquica; pero la austera moralidad y el austero ascetismo de las doctrinas de Orfeo, que tan escrupulosamente seguían sus discípulos, eran de todo punto incompatibles con la grosera obscenidad y torpeza de las ceremonias populares.** (Isis III, 167).

... Pero “Argos” es Arghyavarsha, la Tierra de las Libaciones y de los antiguos Hierofantes, de donde saldrá el Libertador de la Humanidad, nombre que se convirtió edades después en el de su vecina la India: la Aryâvarta de antaño.

Varios escritores antiguos, entre ellos Cicerón y Clemente de Alejandría, han dicho que el asunto formaba parte de los Misterios Sabasian. Estos últimos escritores son los únicos que atribuyen a su verdadera causa, el hecho de haber sido Esquilo acusado por los atenienses de sacrilegio y condenado a morir apedreado. Dicen ellos que esquilo, no estando iniciado, había profanado los Misterios exponiéndolos en sus Trilogías en un escenario público. Pero habría incurrido en la misma pena si hubiese sido iniciado; lo cual es lo que debe haber sucedido, porque de otro modo hubiera tenido, como Sócrates, un Demonio que le revelase el Drama alegórico, sagrado y secreto, de la iniciación. **En todo caso, el “padre de la tragedia griega” no fue quien inventó la profecía de Prometeo; pues lo que él hizo fue sólo repetir en forma dramática lo que era revelado por los sacerdotes durante los Misterios de Sabasia (la Sabasia era una festividad periódica, con Misterios establecidos en honor de algunos Dioses, una variante de los Misterios de Mithra. Toda la evolución de las razas se ejecutaba en estos Misterios).** Estos últimos eran una de las **festividades sagradas más antiguas, cuyo origen es hasta hoy día desconocido de la historia.** Los mitólogos la relacionan, por medio de Mithra, el Sol, llamado Sabasio en algunos antiguos monumentos, con Júpiter y Baco. Sin



embargo, no fue nunca propiedad de los griegos, sino que data de tiempo inmemorial. (D.S. III, 696-697).

La Teogonía de Orfeo es puramente oriental o india en su espíritu. Las transformaciones sucesivas que ha sufrido, la separan ahora mucho del espíritu de la antigua Cosmogonía, como puede verse, comparándolas hasta con la *Toegonía* de Hesiodo. Sin embargo, el verdadero espíritu indo ario brota por todas partes, tanto en el sistema de Hesiodo como en el de Orfeo (Véase la obra notable de James Darmesteter, “Cosmogonies Âryennes” en sus *Essais Orientaux*). Así, pues, el concepto original griego del caos, es el de la Religión de la Sabiduría Secreta. En Hesiodo, por tanto, el Caos es infinito, sin límites, sin fin y sin principio en la duración: una abstracción y una presencia visible al mismo tiempo; Espacio lleno de obscuridad, la cual es la materia primordial en su estado *pre-cósmico*. Pues en su sentido etimológico, Caos es Espacio, según Aristóteles, y el Espacio es la Deidad por siempre Invisible e Incognoscible, de nuestra filosofía. (D.S. II, 60).

... Pero “Argos” es Arghyavarsha, la Tierra de las Libaciones y de los antiguos Hierofantes, de donde saldrá el Libertador de la Humanidad, nombre que se convirtió edades después en el de su vecina la India: la Aryâvarta de antaño.

Varios escritores antiguos, entre ellos Cicerón y Clemente de Alejandría, han dicho que el asunto formaba parte de los Misterios Sabasian. Estos últimos escritores son los únicos que atribuyen a su verdadera causa, el hecho de haber sido Esquilo acusado por los atenienses de sacrilegio y condenado a morir apedreado. Dicen ellos que esquilo, no estando iniciado, había profanado los Misterios exponiéndolos en sus Trilogías en un escenario público. Pero habría incurrido en la misma pena si hubiese sido iniciado; lo cual es lo que debe haber sucedido, porque de otro modo hubiera tenido, como Sócrates, un Demonio que le revelase el Drama alegórico, sagrado y secreto, de la iniciación. **En todo caso, el “padre de la tragedia griega” no fue quien inventó la profecía de Prometeo; pues lo que él hizo fue sólo repetir en forma dramática lo que era revelado por los sacerdotes durante los Misterios de Sabasia (la Sabasia era una festividad periódica, con Misterios establecidos en honor de algunos Dioses, una variante de los Misterios de Mithra. Toda la evolución de las razas se ejecutaba en estos Misterios). Estos últimos eran una de las festividades sagradas más antiguas, cuyo origen es hasta hoy día desconocido de la historia.** Los mitólogos la relacionan, por medio de Mithra, el Sol, llamado Sabasio en algunos antiguos monumentos, con Júpiter y Baco. Sin



embargo, no fue nunca propiedad de los griegos, sino que data de tiempo inmemorial. (D.S. III, 696-697).

PITONISA. Al definir Webster esta palabra, sale muy pronto del paso diciendo que era la mujer que daba los **oráculos en el templo de Delfos** y, por extensión, toda mujer que presume de adivina, como por ejemplo las brujas y hechiceras. Esta definición es inexacta, apasionada é injusta.

Según Plutarco, Jámblico, Lamprías y otros filósofos, las pitonisas eran jóvenes delicadamente sensibles, de costumbres puras y familia humilde, que estaban adscritas a su respectivo templo, donde se les destinaba habitación rigurosamente aislada del mundo, en la que sólo podían entrar los sacerdotes y los videntes; de modo que la vida de las pitonisas superaba en ascetismo a la de las actuales monjas de clausura. Para ejercer su ministerio se sentaba la pitonisa en un trípode de bronce, colocado sobre una grieta del suelo que comunicaba con un subterráneo, en donde se quemaban ciertas drogas cuyos vapores subían por la grieta hasta envolver a la pitonisa en una atmósfera excitante que determinaba el frenesí *mántico*; y en tal estado daba el oráculo. También llamaban a la pitonisa *ventrilocua vates* o sea *profetisa ventrilocua*.

Los brahmanes colocaban la conciencia astral (yuch') en el ombligo, y lo mismo creyeron Platón y otros filósofos. El versículo cuarto del segundo himno del *Nâbhânedishtha* dice así: "Oíd, ¡oh hijos de los dioses!, al que habla por su ombligo (*nâbhâ*) y os saluda en vuestras viviendas". Muchos orientalistas convienen en que ésta es una de las más antiguas creencias hinduistas. Los modernos fakires, lo mismo que los antiguos gimnósofos, concentran su pensamiento en el ombligo y permanecen inmóviles en la contemplación para identificarse con Âtmân y unirse a la Divinidad.

El moderno sonambulismo también considera el ombligo como "el círculo del sol y asiento de la divina luz interna" (El oráculo de Apolo estaba en Delfos cuyo nombre deriva de XXX -útero o abdomen- y al recinto del templo se le llama *omphalos* (ombligo). Los símbolos eran femeninos y de significación lunar, lo cual nos recuerda que los arcadianos o prehelénicos fueron anteriores a la época en que se introdujo en la Jonia el culto lunar). Muchos sonámbulos ven, oyen y huelen por el ombligo, y esto no es simple coincidencia con las primitivas prácticas, sino prueba evidente de que los sabios antiguos superaban a los modernos académicos en conocimientos de psicología y fisiología. Hoy día los hipnotizadores persas, a quienes el vulgo sigue llamando magos, manipulan sobre el ombligo para ponerse en estado de clarividencia y responder a las consultas que las gentes les hacen sobre robos, objetos perdidos



y asuntos de intrincada resolución. Dice un traductor del *Rig Veda* que los modernos parsis creen que los adeptos de su religión tienen en el ombligo una llama, cuyo resplandor disipa toda oscuridad y les muestra las cosas lejanas del mundo físico y las invisibles del mundo espiritual. Llaman a esta llama la lámpara del *deshtur* (sumo sacerdote) y también la luz del *dikshita* (iniciado), con otras varias denominaciones. (Isis I, 60-62).

MISTERIOS, en griego *teletai* (perfección) y por analogía *teleuteia* (muerte). Eran reglas secretas que desconocían los profanos y los no iniciados. Por medio de representaciones dramáticas y otros procedimientos se enseñaba en los misterios el origen de las cosas, la naturaleza del espíritu humano, sus relaciones con el cuerpo y el modo de purificarse para alcanzar la vida superior. Por el mismo método se enseñaban las ciencias naturales, la medicina, la música y la adivinación. El juramento hipocrático no era más que una obligación mística. Hipócrates fue sacerdote de Asclepios y algunas de sus obras vieron fortuitamente la luz pública. Los asclepiadeos estaban iniciados en el culto de la serpiente de Esculapio, como las bacantes en el de Dionisio, y ambos ritos quedaron con el tiempo incorporados a los misterios de Eleusis. Más adelante hablaremos con mayor extensión de los Misterios. (Isis I, 58-59).

SAMOTRACIOS. Dioses adorados en los misterios de Samotracia. Eran idénticos a los kabeiris, dioskuris y koribantes, y se les daban los nombres míticos de Plutón, Ceres, Proserpina, Baco, Esculapio y Hermes. (Isis I, 62).

Plutarco, sacerdote de Apolo, insinúa la dual modalidad del fluido oracular (gas subterráneo mezclado con sustancias intoxicantes de propiedades magnéticas), en el siguiente apóstrofe: “¿Quién eres tú? Sin que Dios te hubiese creado y puesto en vigor; sin el espíritu que por orden de Dios te rige y gobierna, serías impotente. Nada podrías hacer porque por ti mismo eres vano soplo” (Lucano – *Farsalia*, libro V). Así también, sin la inteligencia dominante fuera vano soplo la fuerza psíquica.

Afirma Aristóteles, que las emanaciones astrales del interior de la tierra son *causa suficiente* para vivificar por intususcepción plantas y animales. A este mismo propósito, movido Cicerón de justa cólera contra los escépticos de su tiempo, les



redarguye diciendo: **“Hay algo más divino que las exhalaciones de la tierra que conmueven el alma humana hasta el punto de consentirle la predicción del porvenir. ¿Podrá la mano del tiempo desvanecer tal virtud? ¿Creéis que os hablo de algún vino exquisito o de algún manjar sabroso?”** (*De la Adivinación*, I) No creemos que los modernos investigadores presuman de más sabios que Cicerón y aseguren que se ha desvanecido la fuerza eterna y agotado las fuentes de la profecía.

Según parece, los profetas de la antigüedad explayaban su inspirada sensibilidad por el directo efluvio de la emanación astral, o bien por una especie de flujo húmedo que surgía de la tierra, con el que se daba a entender la materia astral de que en esta luz forman las almas su temporánea envoltura. El mismo concepto expresa Cornelio Agripa cuando dice que los fantasmas son de naturaleza vaporosa y húmeda: *“in spirito turbido humidoque”* (*Filosofía oculta*, 355).

Hay dos linajes de profecía: la consciente, propia de los magos, capaces de ver en la luz astral, y la inconsciente, debida a la inspiración. A esta segunda clase pertenecen los profetas bíblicos y los mediumnímicos. Sobre el particular dice Platón: “Ningún hombre tiene inspiración profética cuando está en sus propios sentidos, sino que es necesario para ello que su mente se halle poseída por algún espíritu... Hay quien presume de profeta y no es más que repetidor, por lo que de ningún modo se le debe llamar profeta, sino transmisor de visiones y profecías” (*Timeo* II, 563). (Isis I, 345-346).

Diana es hija de Zeus y Proserpina (Símbolo de la actividad de la tierra); pero Hesiodo la llama Diana Eilythia–Lucina y dice que es hija de Júpiter y Juno (La diosa Juno simboliza también la tierra, cuando devorada por Kronos o Saturno, le devuelve la vida la oceánica Metis. La evolución del tiempo está simbolizada en Saturno que devora a la tierra en los cataclismos prehistóricos; y cuando Metis (las aguas), se retira a descansar en sus múltiples lechos, es decir, cuando se restaura el curso normal de las aguas y aparecen los nuevos continentes en seco, resucita Juno a nueva vida en su primera forma. Esta misma idea se expresa en el Génesis, I, 9 y 10). En las frecuentes querellas conyugales entre Júpiter y Juno, su hija Diana se vuelve de espaldas a su madre y sonrío a su padre, aunque reconviniéndole por sus devaneos. Esto es símbolo de los eclipses de luna, durante los cuales, se dice que los magos de Tesalia y Babilonia convertían hacia la tierra sus hechizos y encantos hasta lograr que se reconciliase la irritada pareja. Entonces Juno sonreía orgullosa a la brillante Diana que, circuyéndose de su creciente, volvía al secreto retiro de las montañas.



Parece que esta fábula alude a las fases de la luna. Los habitantes de la tierra sólo vemos un hemisferio de la luna y esto significa que Diana *le vuelve la espalda* a su madre Juno.

Las posiciones respectivas del sol, la tierra y la luna cambian continuamente, y la fase de luna nueva coincide siempre con variaciones atmosféricas, aparte de que las tempestades pudieron muy bien sugerir la idea de una lucha entre el sol y la tierra, sobre todo cuando aquél está oculto por rugientes nubes. Además, la luna no brilla en su fase de nueva, porque el hemisferio visible desde la tierra no está iluminado por el sol; pero después de la *reconciliación*, va mostrándose gradualmente iluminado el disco de la luna, y de aquí que los astrólogos caldeos y los magos de Tesalia, cuyo conocimiento del curso de los astros igualaba al de cualquier astrónomo moderno, se esforzaran en aplacar las iras de la luna y moverla a mostrar de nuevo su semblante, después de haber recibido la “radiante sonrisa” de su madre la tierra, cuando a su vez se refleja la luz del sol en la luna. Por esto decía la fábula que tan luego como Diana se ciñe el creciente, se marcha otra vez a cazar a la montaña.

No hemos de negar la intrínseca sabiduría de los antiguos juzgando por las, en apariencia, *supersticiosas* fábulas con que velaron la explicación de los fenómenos naturales..., (Isis I, 429).

. . . Se inculpa a los hierofantes de administrar a los candidatos en el acto de la iniciación ciertas pócimas o bebedizas anestésicos, que producen las visiones anteriormente referidas. Ciertamente, emplearon y aun emplean bebidas sagradas como el *Soma*, con eficacia bastante para permitirle al candidato la temporánea actuación en el cuerpo astral; pero en estas visiones no hay ni más ni menos falacia que la que pueda haber en la observación del mundo infinitesimal con auxilio del microscopio. No es posible comunicarse conscientemente ni conversar con un espíritu puro mediante los sentidos físicos, pues sólo de espíritu a espíritu cabe la comunicación espiritual, de modo que se vean y hablen los espíritus; y aun el mismo cuerpo astral es demasiado grosero y tan contaminado está de materia física, que no puede percibir ni vislumbrar al espíritu.

El ejemplo de Sócrates nos representa los peligros de la mediumnidad ineducada. El célebre filósofo era médium de nacimiento y tenía por consejero a un espíritu familiar (*daimonia*) que al fin causó la muerte de su poseído (De este pasaje del texto, así como del correspondiente a la pág. 363 del tomo I, parece inferirse que el *daemonia* de Sócrates era una entidad astral menos elevada de lo que corresponde a la espiritual alteza de los Maestros. Sin embargo, apoyados en la indogmatizable libertad de investigación y crítica que la Teosofía reconoce en los estudiantes, recordaremos que,



según otros tratadistas y comentaristas, el *daimonia* de Sócrates no era espíritu familiar a manera del de las pitonisas y médiums, sino su Yo superior, el resplandeciente *augoeides* de Platón o sea el estado superior de la conciencia humana en la actual quinta raza a que, como nosotros, pertenecía Sócrates. El lector se inclinará libremente a la interpretación más conforme con su particular juicio, prescindiendo de las simpatías, no siempre favorables al recto criterio, que puedan inspirarle unos y otros tratadistas). **Es común sentir que Sócrates no solicitó jamás la iniciación en los Misterios; pero los *Anales sagrados* nos dicen que no se le pudo admitir en los ritos por impedírsele su mediumnidad, pues la regla de los Misterios prohibía la admisión de cuantos deliberadamente profesaran la hechicería** (Conviene fijar el sentido de esta palabra. La hechicería puede ser consciente e inconsciente, pero siempre es magia negra. El hechicero consciente da siniestra dirección a sus actualizadas facultades hipnóticas por inversión de su voluntad, mientras que el hechicero inconsciente produce los mismos resultados, no con sus propias fuerzas psíquicas, sino por las que suplantándole la voluntad le prestan las entidades malignas, y sobre todo, los temibles elementarios que se poseionan de los vehículos del hechicero. Muchos infelices, sin otra culpabilidad que su abulia, hallaron desastrosa muerte por las imposturas de los elementarios) **o tuviesen espíritu familiar. Esta regla era justa y lógica, porque todo médium es más o menos irresponsable** (Así se explican ciertas extravagancias de Sócrates) **y forzosamente pasivo, que se deja gobernar por su guía sin atender a ninguna otra regla ni autoridad. Todo médium cae en trance al antojo de la entidad posesora, y por lo tanto no era posible confiar a un médium los secretos de la epopteia, cuya revelación estaba penada de muerte. El viejo filósofo se dejó arrebatarse en un momento de descuido por la inspiración de su familiar, y reveló inaprendidos conceptos que sus compatriotas creyeron ateísticos y, en consecuencia, le condenaron a muerte.**

Ante el ejemplo de Sócrates no cabe afirmar con verdad que los videntes y taumaturgos iniciados en los Misterios del recinto interior fuesen médiums por el estilo de los espiritistas. No lo fueron Pitágoras ni Platón ni Jámblico ni Longino ni Proclo ni Apolonio de Tyana, porque, de serlo, no se les hubiera admitido a la iniciación en los Misterios (Taylor demuestra que Plotino corroboró la verdad de las divinas visiones de los iniciados). Las facultades espirituales de los iniciados eran propias de su ministerio sacerdotal, y la inquebrantable creencia de toda la antigüedad en estas facultades, muchísimo antes de aparecer la escuela neoplatónica, demuestra que, en contraposición de las mediumnísticas, puede educir el hombre facultades muy superiores con auxilio de una misteriosa ciencia que muchos discuten y pocos conocen.

El uso de estas facultades aviva en el hombre el anhelo de morar en su verdadera patria y de alcanzar la vida futura, con la vehemente aspiración de identificarse con el Yo superior. El abuso de las mismas facultades extravía al hombre por los yermos de la hechicería, brujería o magia negra.



Equidistante del adepto y el hechicero está el médium, cuyos inconsistentes vehículos dan materia a propósito para que de ellos se valgan como de instrumentos fenoménicos, ya los adeptos, ya los hechiceros, según el ambiente de atracción que haya formado por las circunstancias de su vida o por las condiciones de su herencia física y mental. En el primer caso será su destino una bendición, pero en el segundo será un precito hasta que se purifique de la terrena escoria.

El sigilo en que siempre se mantuvieron los Misterios (Conviene también fijar el sentido etimológico de esta palabra, pues no significa precisamente algo secreto y encubierto a las ordinarias luces del entendimiento humano, sino representación corpórea y material de ideas, conceptos y principios metafísicos. Un misterio puede divulgarse a todos los vientos sin dejar de ser misterio, pues el secreto, el enigma está en la significación del símbolo material) obedecía a dos razones principales: la pena de muerte infligida a quien los quebrantara y las difícilísimas pruebas que tenía que sufrir el candidato antes de la iniciación final, con riesgo de perder el juicio. **Pero a ninguno se exponía quien, por haber espiritualizado su mente, estaba prevenido contra todo linaje de visiones terroríficas. Nada ha de temer quien esté plenamente convencido del poder de su inmortal espíritu y ni por un momento dude de su omnimoda protección; pero ¡ay del candidato que por el más leve temor, hijo enfermizo de la materia, pierda la fe en la invulnerabilidad de su espíritu! Sentenciado está quien carezca de la suficiente preparación moral para recibir la carga de tan terribles secretos.** (Isis III, 150-153).

Diodoro declara que la cueva de Nysa estaba situada entre Fenicia y Egipto. Por otra parte, dice Eurípides que Dionysos fue de India a Grecia; y Diodoro añade:

Osiris fue llevado a Nysa, en la Arabia Feliz. Era hijo de Zeus y se le llamó Dionysos (Nombre compuesto de *Dios* (genitivo de Zeus) y de *Nysa*, lugar del nacimiento).

Los griegos consideraban a Dionysos como el lugarteniente de Zeus, según se colige de este verso de Píndaro:

Así el padre Zeus gobierna todas las cosas y también las gobierna Baco.

Pero fuera de Grecia, Baco era el Todopoderoso "Zagreus, el supremo Dios". Aunque Moisés le adoró conjuntamente con el pueblo en el monte Sinaí, es lógico suponer que, como iniciado en la sabiduría oculta, guardaba el secreto que encubren todos los cultos exotéricos. Una de las pruebas más concluyentes de la equivalencia de Baco, Osiris y Jehovah nos la ofrece aquel pasaje que dice:

Y edificó Moisés un altar y llamó su nombre Jehovah–Nissi (*Éxodo*, XVII, 15).



Sharpe corrobora esta aseercción diciendo que Osiris nació en el monte Sinaí, llamado monte Nysa por los egipcios (La serpiente de bronce era un XXXX *-nis-*, y el mes de la Pascua judía se llamaba *Nisan*). (Isis III, 215).

Según Pitágoras, el alma es la semoviente unidad de tres principios, conviene a saber: *nous*, *phren* y *thumos*. Los dos últimos participan de la naturaleza de los brutos. Únicamente el *nous* es el verdadero principio espiritual. Con esto queda desvanecido el error de que Pitágoras enseñara la doctrina de la transmigración de las almas en el grosero sentido que la interpretaba el vulgo, pues no enseñó en este punto ni más ni menos que lo enseñado por Gautama, de conformidad con la doctrina esotérica unánimemente seguida por todos los filósofos e instructores.

La escuela socrática es todavía más explícita en la exposición de esta enseñanza, que Sócrates fundaba en la realidad del interno y figurado en el *daimonia* o el *algo espiritual*, que, según declaración del mismo filósofo, le guiaba por el camino de la sabiduría (Vemos corroborado en este pasaje que el concepto del *daimonia* de Sócrates no ha de tomarse por entidad externamente maligna y obsesora. – N. del T.); es decir, que como hombre *nada sabía* Sócrates, pero el *daimonia* o *daimonion*, según también se le llama, le ponía en disposición de *aprenderlo todo*.

La escuela platónica derivó sus enseñanzas de la socrática, con más amplias investigaciones sobre la naturaleza del yo interno. Según Platón, el supremo Dios (*Agathon*) engendró en su mente el modelo (*paradigma*) de todas las cosas. El hombre está constituido de alma inmortal, alma mortal y cuerpo físico. El alma inmortal residía en el cerebro, y la mortal en un receptáculo adecuado en el tronco (*Timeo*, XIX, XX, XLIV).

Resulta evidente, por lo tanto, que Platón reconocía en el hombre dos naturalezas: una interna, incorruptible y esencialmente idéntica a la Divinidad; y otra externa, mortal y corruptible.

Dice Plutarco sobre este particular:

Pitágoras y Platón consideran en el alma dos elementos: el racional (*noético*) y el irracional (*agnoético*). El principio o elemento racional es eterno, pues si bien no es Dios, procede de Dios. El principio o elemento irracional es perecedero. El hombre es entidad compleja; pero se equivocan quienes lo creen compuesto de dos principios y se figuran que el raciocinio es propio del alma, en lo que yerran tanto como quienes lo atribuyen al cuerpo, pues el raciocinio (*nous*) sobrepuja al alma en mayor medida que el alma sobrepuja al cuerpo. Ahora bien, el alma (*yuch2*) con el raciocinio (*noûç*) constituye la



razón, y con el cuerpo la pasión, por lo que el *nous* es el principio de virtud y vicio, y el cuerpo lo es de placer y de dolor: De la tierra nace el cuerpo, de la luna el alma, y del sol el espíritu.

De las dos muertes porque el hombre pasa, la primera le convierte de *trino* en *dual*, y la segunda de *dual* en *uno*. La primera muerte está bajo la jurisdicción de Demeter, porque el nombre dado a los Misterios (telên) es parecido al de la muerte (teleutân). Por esta razón dijeron los atenienses que los difuntos estaban consagrados a Demeter. En cuanto a la segunda muerte, pertenece a la esfera de la luna y está bajo la jurisdicción de Proserpina. Tanto en una como en otra muerte interviene el celestial Hermes que súbita y violentamente arrebató el alma del cuerpo; pero Proserpina va separando con suavidad y en largo tiempo el raciocinio del alma. Por esto se le da el nombre de Monógena, unigénita o única engendrada, pues el principio superior del hombre se aísla de los inferiores de conformidad con las leyes de la naturaleza. Según nuestra fe, toda alma unida o no al *nous*, al separarse del cuerpo ha de vagar durante cierto tiempo, no el mismo para todos, por la región situada entre la tierra y la luna. Porque las almas de los inicuos y disolutos sufren allí el castigo de sus culpas, pero las de los justos y virtuosos se detienen allí hasta quedar purificadas de las imperfecciones contraídas por el contacto del cuerpo, y entretanto moran enfermizas en la Pradera del Hades hasta que al cabo del tiempo prefijado experimentan, como si del destierro volviesen, una sensación de gozo semejante a la que reciben los iniciados en los Misterios con entremezcla de turbación o admiración, según el ánimo de cada cual.

El *demonio* a que alude Sócrates era el *nous* o Yo superior, consciente de las cosas divinas y, por lo tanto, puro sin que se mezclase con el cuerpo más de lo estrictamente necesario... Toda alma tiene el principio racional (noûç), sin el que el hombre no puede ser hombre; pero también tiene el principio de deseo carnal con el placer y dolor que le dan característica irracional. No todas las almas se mezclan en igual grado con esta naturaleza inferior. Algunas se sumen por completo en el cuerpo, y de aquí que en la vida terrena las avasalle el deseo y la pasión; otras se mezclan parcialmente; pero el principio superior *nous* permanece *fuera del cuerpo* y flota por encima de él como si lo cobijara en contacto con la parte superior de la cabeza a manera de un hilo que sostuviese a porción sumergida en el cuerpo, mientras no se deja dominar por los apetitos carnales. La porción sumergida se llama alma, y la no sumergida, la incorruptible, es el *nous*, que para el vulgo está dentro del alma y del cuerpo, como también se figura que la imagen está dentro del espejo que la refleja. Pero los entendidos saben que está fuera y la llaman *demon* (Espíritu de naturaleza divina).

El alma, semejante a una visión en sueños, emprende el vuelo; pero no inmediatamente que sale del cuerpo, sino luego que se ha separado de la razón (*nous*). Sin embargo, conserva durante largo tiempo la imagen o forma recibida mientras estuvo unida a los dos principios superior e inferior.

La luna es el elemento de estas almas aisladas, porque se disuelven en la luna como los cadáveres se disuelven en la tierra. Las almas corruptibles de los que vivieron en la virtud y la honradez, pacífica y filosóficamente, sin entremeterse en negocios perturbadores, se



desintegran en cuanto las abandona el *nous*, pues no quedan sujetas a los deseos y mociones pasionales. (Isis III, 384-387).

. . . Sabemos ya que en tiempos de Platón había en Grecia misiones budistas de samanos cuya acción se extendió hasta las orillas del mar Muerto, donde, según Plinio, se hallaban establecidos desde larguísimo tiempo. Por mucho que cercenemos a la exageración, es indudable que la existencia de estos misioneros se remonta a algunos siglos antes de J.C.; y por lo tanto, forzoso es reconocer que influyeron en las diferentes escuelas religiosas más profundamente de lo que parece. La religión jaina pretende que el budismo derivó de sus dogmas y es anterior a Gautama. (Isis III, 438-439).

La historia nos habla de la copiosa corriente emigratoria de los arios a lo largo del río Indo, y nos dice que, derramados después por occidente, algunas tribus pasaron desde el Asia menor a colonizar la Grecia; pero no hay el más leve indicio histórico de que ni el “pueblo escogido” ni los griegos penetraran en la India antes del siglo IV de la era precristiana, pues hasta esta época no descubrimos, las vagas tradiciones según las cuales se corrieron desde Babilonia a la India algunas de las problemáticas tribus *perdidas de Israel*. Pero aun cuando se demostrara la existencia histórica de las diez tribus cautivas (Contra esta conjetura, apoyada únicamente en la narración bíblica, se levanta la carencia de pruebas históricas de la existencia de las tribus de Israel, excepto la de Leví, que fué una casta sacerdotal. Por otra parte, el historiador Herodoto que residía en Asiria en tiempo de Esdras, no menciona para nada a los israelitas. Herodoto nació el año 484 antes de J. C.), no quedaría resuelto el problema; pues, según Colebrooke, Wilson y otros eminentes orientalistas, el poema *Mahâbhârata* y el brahmána *Satapatha*, textos ambos en que aparece el relato del diluvio, son de muchísimo anteriores a la época de Ciro (Los orientalistas atribuyen a estas obras una antigüedad de doce a quince siglos antes de J.C.), el monarca que dio libertad a los israelitas, quienes sólo por entonces pudieron internarse en la India de vuelta a Palestina.

En cuanto a la versión semejante a la griega hay tanta carencia de pruebas a favor de su procedencia helénica como respecto de la hebrea, y las tentativas de los helenistas han fracasado por completo en este punto, pues cada día es más dudoso que las huestes de Alejandro el Magno penetraran en la India septentrional, ya que los anales de este país nada dicen acerca de semejante invasión. (Isis IV, 118-119).



Pero, ¿Por qué es imposible la evolución si “el hombre fue creado ser perfecto y luego se degradó”? Cuando más sólo podrá esto aplicarse al hombre externo físico. Según se observa en Isis sin Velo, la evolución de Darwin principia en el punto medio, en vez de comenzar para el hombre, como todas las demás cosas, desde lo universal. El método Aristotélico-Baconiano podrá tener sus ventajas, pero ya ha demostrado, indudablemente, sus defectos. Pitágoras y Platón, que procedían desde lo universal hacia abajo, resultan ahora, a la luz de la ciencia moderna, más sabios que Aristóteles. Pues este último combatía y condenaba la idea de la revolución de la Tierra, y aun de su redondez, cuando escribía: “Casi todos los que afirman que han estudiado el cielo en su uniformidad, sostienen que la tierra se encuentra en el centro; pero los filósofos de la Escuela Italiana, también llamaos los Pitagóricos, enseñan enteramente lo contrario”.

Esto era debido a que los Pitagóricos eran Iniciados y seguían el método deductivo; mientras que Aristóteles, el padre del sistema inductivo, se quejaba de los que enseñaban que: “El centro de nuestro sistema estaba ocupado por el sol, y que la tierra sólo era una estrella, que por un movimiento de rotación en derredor de aquel mismo centro, producía la noche y el día”.

Lo mismo sucede con respecto al hombre. (D.S. III, 253-254).

Pitágoras fue un iniciado y, además, un filósofo y matemático eminente. Su discípulo Arquitas tenía maravillosas aptitudes para la ciencia aplicada. Platón y Euclides eran iniciados, pero no lo fue Sócrates. Todos los verdaderos iniciados se mantuvieron célibes. Euclides aprendió su Geometría en los Misterios. Los modernos hombres de Ciencia vuelven a descubrir las antiguas verdades. (D.S. VI, 274).

. . . La Tercera Raza fue en un principio, de modo preeminente, la “Sombra” brillante de los Dioses, a quienes la tradición destierra sobre la Tierra después de la alegórica Guerra en los Cielos. Ésta fue aún más alegórica en la Tierra, pues fue la Guerra entre el Espíritu y la Materia. Esta guerra durará hasta que el Hombre Interno y Divino adapte su yo externo terrestre a su propia naturaleza espiritual. Hasta entonces las fieras y tenebrosas pasiones de ese yo estarán en lucha constante con su Maestro, el Hombre Divino. Pero el *animal* será domado un día, porque su naturaleza cambiará, y la armonía reinará una vez más entre los dos como antes de la “Caída”, cuando el mismo hombre mortal era “creado” por los Elementos en lugar de nacer.



Lo anterior está claro en todas las grandes Teogonías, principalmente en la griega, lo mismo que en la de Hesiodo. La *mutilación* de Urano por su hijo Cronos, quien de este modo le condena a la impotencia, no ha sido comprendida nunca por los mitólogos modernos. Sin embargo, es muy clara, y como era universal (Urano es un Varuna modificado, el que “circuye al Universo”, el que “todo lo abarca”, y una de las Deidades védicas más antiguas –el Espacio, el hacedor del Cielo y de la Tierra–, puesto que ambos vinieron a la manifestación de su semilla. Más tarde fue cuando Varuna se convirtió en el jefe de los Adityas y en una especie de Neptuno, montado en el “Leviathán”– Makara, ahora el más sagrado y misterioso de los signos del Zodíaco. Varuna, sin el cual “ninguna criatura puede ni aun pestañear”, fue degradado lo mismo que Urano, y como él *cayó en la generación*; pues sus funciones –“las funciones cósmicas más grandiosas”, como Muir las llama –fueron degradadas del Cielo a la Tierra, por el antropomorfismo exotérico. Según dice el mismo orientalista: “Los atributos y funciones atribuidos a Varuna [en los Vedas] dan a su carácter una elevación moral y una santidad que sobrepujan en mucho a las que se atribuyen a toda otra Deidad Védica”. Pero para comprender correctamente la causa de su caída, así como la de Urano, hay que ver en todas las religiones exotéricas la obra imperfecta y pecadora de la fantasía del hombre, y también estudiar los misterios que se dice que Varuna comunicó a Vasishta. Solamente que “sus secretos y los de Mitra *no se deben revelar a los necios*”), debe haber contenido una gran idea abstracta y filosófica, perdida ahora para nuestros sabios modernos. Este castigo de la alegoría determina verdaderamente “un nuevo periodo, una segunda fase en el desarrollo de la creación”, como justamente observó Decharme (*Mythologie de la Grèce Antique*, pág. 7.), quien, sin embargo, no intenta explicarlo. Urano trató de poner un impedimento a ese desarrollo o evolución natural, *destruyendo todos sus hijos tan pronto nacían*. Urano, que personifica todos los poderes creadores del Caos y en el Caos –el Espacio, o la Deidad No-manifestada–, tiene, pues, que pagar el castigo; pues estos poderes son los que hacen que los Pitris desarrollen de sí mismos *hombres* primordiales, del mismo modo que más adelante estos hombres desarrollan a su vez su progenie, sin ningún sentido ni deseo de procrear. La obra de la generación, suspendida por un momento, pasa a manos de Cronos (*Chronos*), el Tiempo (Cronos no es solamente Coónoç, el Tiempo, sino que también, como demostró Bréal en su *Hercule et Cacus* (pág. 57), vicile de la raíz *kar*, “hacer, crear”. Pero que Bréal y Decharme, que lo citan, tengan igualmente razón al decir que en los Vedas, Krânan (*Sic*) es un Dios creador, esto lo dudamos. Bréal quiso decir probablemente Karma, o más bien Vishakarman, el Dios creador, el “omnificiente” y el “gran arquitecto del mundo”), el cual se une a Rhea (la Tierra; y la Materia en general, en el esoterismo), produciendo así Titanes celestes y terrestres. Todo este simbolismo se relaciona con los misterios de la evolución.

Esta alegoría es la versión exotérica de la Doctrina Secreta dada en esta parte de nuestra obra. Pues en Cronos vemos la misma historia repetida de nuevo. Así como Urano destruyó sus hijos con Goea (que en el mundo de la manifestación es una con Aditi, o el Gran Océano Cósmico), confinándolos al seno de la Tierra, Titæa, así también Cronos, en este segundo período de la creación, destruyó sus hijos con Rhea, devorándolos. Ésta es una alusión



a los esfuerzos infructuosos de la Tierra o Naturaleza para crear, por sí sola, “hombres” realmente *humanos* (Véanse Estancias III, X, y siguientes, y también la relación de Beroso de la creación primordial). El tiempo devora su propia obra inútil. Luego viene Zeus, Júpiter, que destrona a su vez a su padre (La lucha Titánica, en Teogonía al menos, es la lucha por la supremacía entre los hijos de Urano y Gæa (o el Cielo y la Tierra en su sentido abstracto), los Titanes, contra los hijos de Cronos, cuyo jefe es Zeus. Es la lucha perdurable que continúa hasta hoy día entre el Hombre Espiritual Interno y el hombre de carne, en un sentido) Júpiter el Titán, es, en un sentido, Prometeo (Lo mismo que el “Señor Dios” o Jehovah, es Caín, esotéricamente, así como también la “serpiente tentadora”; la parte masculina de la Eva andrógina –antes de su “Caída”, la parte femenina de Adam Kadmon–, el lado izquierdo, o Binah, del lado derecho, Chokmah, en la primera Tríada Sephirothal), y es distinto de Zeus, el gran “Padre de los Dioses”. Él es el “hijo irrespetuoso” en Hesiodo. Hermes le llama el “Hombre Celeste” en el *Pymanter*; y hasta en la *Biblia* se le ve también bajo el nombre de Adán, y más adelante, por transmutación, bajo el de Ham. Sin embargo, éstas son todas personificaciones de los “Hijos de la Sabiduría”. **La confirmación necesaria de que Júpiter pertenece al Ciclo Atlante puramente humano –caso de que Urano y Cronos que le precedieron se crean insuficientes puede leerse en Hesiodo**, que nos dice que:

Los Inmortales hicieron la raza de la Edad de Oro y de Plata [Primera y Segunda Razas]; Júpiter hizo la generación de Bronce [una mezcla de dos elementos], la de los Héroes, y la de la Edad de Hierro (Decharme, ob. cit., pág. 285).

Después de esto envía su fatal presente, Pandora, a Epimeteo (En la leyenda egipcia llamada los “Dos Hermanos”, traducida por M. Maspéro (el ex director del Museo de Bulaq), se da el original de Pandora. Noom, el famoso artista celeste, crea una hermosura maravillosa, una joven que envía a Batoo, después de lo cual es destruida la felicidad de este último. Batoo es el hombre, y la joven Eva, por supuesto. (Véase *Revue Archéologique*, marzo, 1878, y también Decharme, *Ibid.*, pág. 285). Hesiodo llama a este presente de la *primera mujer*, “un don fatal”. Fue un castigo, explica, enviado al hombre “por el robo del fuego [divino creador]”. La aparición de ella en la Tierra es la señal de toda clase de males. Antes de que apareciese, las razas humanas vivían dichosas, libres de enfermedades y sufrimientos; así como a las mismas razas se las hace vivir bajo el gobierno de Yima, en el *Vendídâd* mazdeísta.

Pueden encontrarse también dos Diluvios en la tradición universal, comparando atentamente a Hesiodo, el *Rig Veda*, el *Zend Avesta*, etc.: pero ningún *primer* hombre se menciona en ninguna Teogonía, salvo en la *Biblia* (Yima no es el “primer hombre” en el *Vendídâd*, sino solamente en las teorías de los orientalistas). En todas partes el hombre de *nuestra* Raza aparece después de un cataclismo de agua. Después de esto, la tradición sólo menciona los diversos continentes e islas que se hundieron bajo las olas del Océano a su debido tiempo (Se sumergió la Boeotia y después la antigua Atenas y Eleusis). Los Dioses y los mortales tienen un origen común, según Hesiodo (*Opera et Dies*, V, 108); y Píndaro hace la misma declaración (*Nem.*, VI, I).



Deucalión y Pirra, que se escaparon del Diluvio construyendo un Arca como la de Noé (Véase *Apollod.*, I, 7, 2; y Ovidio, *Metam.*, I, 260 y sig.), piden a Júpiter que reanime la raza humana que había hecho perecer bajo las aguas de la inundación. En la mitología eslavona, todos los hombres se ahogaron, y sólo quedaron dos ancianos, un hombre y su mujer. Entonces, Pram'zimas, el “amo de todo”, les aconsejó que saltasen siete veces sobre las rocas de la Tierra, y nacieron siete razas (parejas) nuevas, de las que provienen las nueve tribus Lituánias (*Deutsche Mythol.*, I, 545, 3ª, edic., y Hanusch, *Slawische Mythol.*, pág. 235. Véase Decharme, *ibíd.*, pág. 288, que da “nueve veces” y no siete). Como lo comprendió bien el autor de *Mithologie de la Grèce Antique*, las Cuatro Edades significan períodos de tiempo, y son también una alusión alegórica a las Razas. Según él dice:

Las razas sucesivas, destruidas y reemplazadas por otras, sin período de transición alguno, son caracterizadas en Grecia por el nombre de los metales, para expresar su valor siempre decreciente. El oro, el más brillante y precioso de todos, símbolo de esplendor..., califica la primera raza... Los hombres de la segunda raza, los de la Edad de Plata, son ya muy inferiores a los de la primera. Criaturas inertes y débiles, toda su vida no es más que una infancia larga y estúpida... Desaparecen... Los hombres de la Edad de Bronce son robustos y violentos [la Tercera Raza]..., su fuerza es extremada. “Tenían armas de bronce, habitaciones de bronce; no usaban más que el bronce. El hierro, el metal negro, no era aún conocido” (Hesiodo, *Opera et Dies*, 143–155). La cuarta raza es, según Hesiodo, la de los héroes que cayeron ante Tebas (Véase Aeschylus, *Stephen contra Thebas*). o bajo las murallas de Troya (Hesiodo, *Opera et Dies*, 143-155).

De modo que, como se encuentran las cuatro Razas mencionadas por los poetas griegos más antiguos, aunque de un modo muy confuso y anacrónico, nuestras doctrinas se ven, una vez más, corroboradas en los clásicos. Pero todo esto es “mitología” y poesía. ¿Qué puede la Ciencia Moderna decir, ante tales euhemerizaciones de antiguas ficciones? El veredicto no es difícil de prever. Por tanto, hay que tratar de contestar anticipadamente, y probar que en el dominio de esta misma Ciencia hay tanta parte constituida por ficciones y especulaciones empíricas, que ningún hombre de saber tiene el menor derecho, con una viga tan pesada en su propio ojo, a señalar la paja en el ojo del Ocultista, aun suponiendo que esta paja sea tal y no una invención de su propia fantasía. (D.S. III, 446-451).

NUESTROS INSTRUCTORES DIVINOS

Ahora bien: la Atlántida y la Isla Flegiana no son los únicos anales que quedaron del Diluvio. La China tiene también su tradición, y la historia de una isla o continente, que llama Ma-li-ga-si-ma, lo que Kæmpfer y Faber leen “Maurigasima” por algunas razones fonéticas misteriosas, suyas propias.



Kæmpfer, en su *Japan* (Apéndice, pág. 13, citado por Faber, *Cabiri*, II, págs. 289–291) expone la tradición. La isla, debido a la iniquidad de sus gigantes, se hunde en el fondo del Océano, y Peiruun, el rey, el Noé chino, escapa sólo con su familia gracias a un aviso de los Dioses, por conducto de dos ídolos. Este príncipe piadoso y sus descendientes poblaron la China. Las tradiciones chinas hablan de las Dinastías Divinas de Reyes con tanta frecuencia como la de otras naciones.

Al mismo tiempo no hay un solo fragmento antiguo que no presente la creencia en una evolución multiforme y hasta multi-genérica de seres humanos –espiritual, psíquica, intelectual y física– tal como se ha descrito en la presente obra. Ahora consideremos algunos de estos asertos.

Nuestras razas, dicen todas que han salido de Razas Divinas, cualquiera que sea el nombre que se les dé. Ya tratemos de los Rishis o Pitris indios; de los Chim–nang y Tchan–g chinos, su “Hombre Divino” y sus Semi–Dioses; del Dingir y Mul–lil accadio –el Dios Creador y los “Dioses del Mundo de los Fantasmas”; del Isis–Osiris y Thot egipcio; de los Elohim hebreos, y también de Manco–Capac y su progenie peruana–, la historia es la misma en todas partes. Cada nación tiene o los *siete* y *diez* Rishi–Manus y Prajâpatis; los *siete* y *diez* Ki–y; o los *diez* y *siete* Amshaspends (Los Amshaspends son seis, si se excluye a Ormuzd su jefe y Logos. Pero en la Doctrina Secreta es el séptimo y el más elevado, así como Phtah es el séptimo Kabir entre los Kabiri) (seis exotéricamente); diecisiete Annedoti caldeos; diecisiete Sephiroth, etc. Cada uno y todos se han derivado de los primitivos Dhyân Chohans de la Doctrina Secreta, o los “Constructores” de las Estancias del volumen I. Desde Manu, Thot–Hermes, Oannes–Dagon y Edris–Enoch, hasta Platon Panodoro, todos nos hablan de siete Dinastías Divinas, de siete divisiones Lémures y siete Atlantes de la Tierra; de los siete Dioses primitivos y dobles que descienden de su Mansión Celeste (En los *Purânas* es identificada con la Shveta–dvîpa del Monte Meru, de Vishnu o de Brahmâ), y reinan sobre la Tierra, enseñando a la humanidad Astronomía, Arquitectura y todas las demás ciencias que han llegado hasta nosotros. Estos Seres aparecen primeramente como Dioses y Creadores; luego se sumen en el hombre naciente, para surgir finalmente como “Reyes y Gobernadores Divinos”. Pero este hecho se ha olvidado gradualmente. Como muestra Basnage, los egipcios mismos confesaban que la Ciencia había florecido en su país sólo desde el tiempo de Isis–Osiris, a quienes continuaban adorando como Dioses, “aun cuando se habían convertido en príncipes con forma humana”. Y añade él respecto del Divino Andrógino:

Se dice que este príncipe [Isis–Osiris] construyó ciudades en Egipto, hizo cesar las inundaciones excesivas del Nilo; inventó la agricultura, el uso del vino, la música, la astronomía y la geometría.



Cuando Abul Feda, en su *Historia Anteislámica* (Ed. Fleisker, pág. 16) dice que el “lenguaje sabeo” fue establecido por Seth y Edris (Enoch), quiere significar la astronomía. En el *Melelwa Nahil* (Manuscrito, 47, en Nic. Cat), Hermes es llamado el discípulo de Agathodæmon. Y en otro relato (Manuscrito, 785. Cat., de Uri, citado por el Coronel Vyse, *Operations at the Pyramids of Gizeh*, II, 364; véase Staniland Wake, *The Great Pyramid*, pág. 94), a Agathodæmon se le menciona como un “Rey de Egipto”. El *Celepas Geraldinus* nos proporciona algunas tradiciones curiosas acerca de Henoch, a quien llama el “Gigante Divino”. El historiador Ahmed Ben Yusouf Eltiphas, en su *Libro de los Diversos nombres del Nilo*, nos refiere la creencia, entre los árabes semitas, de que Seth, que más tarde se convirtió en el Tifón egipcio, Set, había sido uno de los Siete Ángeles o Patriarcas de la *Biblia*; luego se convirtió en un mortal e hijo de Adán, después de lo cual comunicó el don de la profecía y de la Ciencia astronómica a Jared, quien lo traspasó a su hijo Henoch. Pero Henoch (Idris), “el autor de treinta libros”, era “de origen sabeo”, esto es, pertenecía a la Saba, “una Hueste”:

Habiendo establecido los ritos y ceremonias del culto primitivo, fue al Oriente, donde construyó ciento cuarenta Ciudades, de las cuales Edessa era la menos importante; luego volvió a Egipto, cuyo Rey fue (Manuscrito, 785. Cat., de Uri, citado por el Coronel Vyse, *Operations at the Pyramids of Gizeh*, II, 364; véase Staniland Wake, *The Great Pyramid*, pág. 94).

De este modo se le identifica con Hermes. Pero hubo cinco Hermes, o más bien uno, que aparecía, como algunos Manus y Rishis, en varios caracteres diferentes. En el *Burham-i-Kati* se le menciona como Hormig, un nombre del Planeta Mercurio o Budha; y el Miércoles estaba consagrado tanto a Hermes como a Thot (Staniland Wake, *ibid.*, pág. 96). El Hermes de la tradición oriental fue reverenciado por los Fineates, y se dice que huyó a Egipto después de la muerte de Argos, y lo civilizó bajo el nombre de Thoth (*Ibid.*, pág. 97). Pero bajo todos estos caracteres, se le atribuye siempre el haber transferido todas las ciencias de la *potencia latente a la activa*, esto es, haber sido el primero en enseñar la Magia a Egipto y a Grecia, antes de los días de la Magna Græcia, y cuando los griegos no eran ni helenos.

No sólo nos habla Herodoto, el “padre de la historia”, de las Dinastías maravillosas de Dioses que precedieron al reino de los mortales, seguidas de las Dinastías de Semi-dioses, de héroes y finalmente de hombres, sino que toda la serie de autores clásicos le apoya. Diodoro, Eratóstenes, Platón, Manethon, etc., repiten el mismo relato, y no varían nunca en el orden expresado.

Según dice Creuzer:

Verdaderamente, de las esferas de las estrellas en donde moran los dioses de la luz descende la sabiduría a las esferas inferiores... En el sistema de los antiguos sacerdotes [Hierofantes y Adeptos] todas las cosas sin excepción, Dioses, Genios, Almas [Manes], el mundo todo, son conjuntamente desarrolladas en el espacio y el tiempo. La pirámide



puede considerarse como el símbolo de esta magnífica jerarquía de espíritus (*Égypte*, IV, 441; De Mirville, *ob. cit.*, III, 41).

Los historiadores modernos –los académicos franceses, y Renán especialmente– son los que han hecho más esfuerzos para ocultar la verdad, haciendo caso omiso de los antiguos anales de los Reyes Divinos, que lo que es compatible con la honradez. Pero M. Renán no ha estado nunca menos deseoso que lo estuvo Eratóstenes (260 antes de Cristo) para aceptar la desagradable verdad; y sin embargo, este último se vio obligado a reconocer el hecho. Por tal motivo, el gran astrónomo es tratado con gran desdén por sus colegas, 2.000 años más tarde. Manethon es para ellos “un sacerdote supersticioso nacido y criado en la atmósfera de otros sacerdotes embusteros de Heliópolis”. Según observa acertadamente el demonólogo De Mirville:

Todos esos historiadores y sacerdotes, tan *veraces* cuando repiten las historias de reyes y hombres *humanos*, se hacen repentinamente en *extremo sospechosos* tan pronto como tratan *de sus dioses*.

Pero ahí está la tabla sincrónica de Abydos, la cual, gracias al genio de Champollion, ha vindicado ahora la buena fe de los sacerdotes de Egipto (de Manethon sobre todo) y de Ptolomeo, en el papiro de Turín, el más notable de todos. Según las palabras del egiptólogo De Rougé:

... Champollion, lleno de profunda sorpresa, vio que tenía ante sus propios ojos los restos de una lista de Dinastías que abarcaba los tiempos míticos más remotos o los *Reinados de los Dioses y Héroes*... Desde el principio mismo de este curioso papiro, tenemos que convencernos de que hasta en un tiempo tan remoto como el período de Ramsés, estas tradiciones míticas y heroicas eran tales como Manethon nos las había transmitido; vemos figurando en ellas, como Reyes de Egipto, a los Dioses Seb, Osiris, Set, Horus, Thoth–Hermes, y a la Diosa Ma, asignándose al reinado de cada uno de éstos un largo período de siglos (*Annales de Philosophie Chrétienne*, XXXII, 442; véase De Mirville, *Des Esprits*, III, 18).

Estas tablas sincrónicas, además del hecho de que fueron desfiguradas por Eusebio con propósitos nada honrados, no habían pasado de Manethon. La cronología de los Reyes y Dinastías Divinas, lo mismo que la de la edad de la especie humana, han estado siempre en manos de los sacerdotes, y conservadas secretas para las multitudes profanas.

Ahora bien; aunque el África como continente, se dice que apareció antes que Europa, sin embargo, vino más tarde que la Lemuria y hasta que lo primero de la Atlántida.

Toda la región que ahora ocupan Egipto y los desiertos estuvo una vez cubierta por el mar. Esto se supo primero por Herodoto, Strabón, Plinio y otros; y,



después, por la Geología. Abisinia fue una vez una isla, y el Delta fue el primer país ocupado por las avanzadas de emigrantes que llegaron del nordeste con sus Dioses.

¿Cuándo fue esto? La historia guarda silencio sobre el asunto. Afortunadamente tenemos el Zodíaco de Dendera, el planisferio del techo de uno de los templos más antiguos de Egipto, que registra el hecho. Este Zodíaco, con sus tres Virgos misteriosos entre Leo y Libra, ha encontrado sus Edipos para comprender el enigma de sus signos y justificar la veracidad de aquellos sacerdotes que dijeron a Herodoto que sus Iniciados enseñaban: *a)* que los Polos de la Tierra y la Eclíptica habían coincidido en otro tiempo, y *b)* que desde entonces habían comenzado sus primeros anales Zodiacales, habiendo estado los Polos tres veces dentro del plano de la Eclíptica.

Bailly no tenía palabras suficientes a mano para expresar su sorpresa ante la *similitud* de todas estas tradiciones sobre las Razas Divinas, y exclama:

¿Qué son, finalmente, todos esos reinados de Devas indios y Peris [persas]; o esos reinados de las leyendas chinas; esos Tien–hoang o los Reyes del Cielo, completamente distintos de los Ti–hoang, o Reyes de la Tierra, y los Gin–hoang, los Reyes hombres, distinciones que están de perfecto acuerdo con las de los griegos y egipcios, al enumerar sus Dinastías de Dioses, de Semidioses y Mortales? (*Histoire de l’Astronomie Ancienne*; véase De Mirville, *ob. cit.*, *ibíd.*, III, pág. 15).

Según dice Panodoro:

Ahora bien; durante estos miles de años [antes del Diluvio] fue cuando tuvo lugar el *Reinado de los Siete Dioses* que gobiernan el mundo. En ese período aquellos bienhechores de la humanidad *descendieron* sobre la Tierra y enseñaron a los hombres a calcular el curso del sol y de la luna por los doce signos de la Eclíptica (De Mirville, *ibíd.*, pág. 41).

Cerca de quinientos años antes de la presente Era, los sacerdotes de Egipto enseñaron a Herodoto las estatuas de sus Reyes humanos y Pontífices–Piromis – los Archiprofetos o Mahâ Chohans de los templos, *nacidos el uno del otro*, sin intervención de mujer– que habían reinado antes que Menes, su primer Rey *humano*. Estas estatuas, dice, eran colosos enormes, de madera, en número de trescientos cuarenta y cinco, *cada una de las cuales tenía su nombre, historia y anales*. También aseguraron ellos a Herodoto –a menos que el más veraz de los historiadores, el “padre de la historia”, sea ahora acusado de embustero, *precisamente en este punto*– que ningún historiador podría nunca comprender ni escribir un relato de estos Reyes sobrehumanos a menos que hubiese estudiado y aprendido la historia de las *tres Dinastías* que precedieron a la humana, esto es, la DINASTÍA DE LOS DIOSES, la de los Semidioses y la de los Héroes, o



Gigantes (De Mirville, *ibíd.*, pág. 41). Estas “tres” Dinastías son las tres Razas. Traducido al lenguaje de la Doctrina Secreta, estas tres Dinastías serían también las de los Devas, las de los Kimpurushas y las de los Dânavas y Daityas; por otra parte, Dioses, Espíritus Celestiales y Gigantes o Titanes. “¡Dichosos los que nacen, aun siendo de la condición de Dioses, como los hombres en Bhârata-varsha!” – exclaman los mismos Dioses encarnados, durante la Tercera Raza-Raíz. Bhârata es generalmente la India, pero en este caso simboliza la Tierra Elegida de aquellos días, la cual era considerada la mejor de las divisiones de Jambu-dvîpa, por ser la tierra de las obras activas (espirituales) *por excelencia*; la tierra de la Iniciación y del Conocimiento Divino” (En el *Vishnu Purâna* pueden verse, con una lectura atenta, muchas corroboraciones de lo mismo (Libro II, caps. III, IV y sig). Los reinados de los Dioses, de los Dioses inferiores y de los Hombres, son todos enumerados en las descripciones de las siete islas, siete mares, siete montañas, etc., gobernados por Reyes. Cada Rey se dice invariablemente que tiene *siete* hijos, una alusión a las siete subrazas. Un ejemplo bastará: el Rey de Kusha-Dvîpa tenía siete hijos... “de quienes las siete partes, o Varsha, de la isla tomaban sus nombres... Allí residía la humanidad juntamente con Daityas y Dânavas, así como con espíritus del cielo Gandharvas, Yakshas, Kimupurushas, etc.] y dioses”. (Trad. de Wilson, II, 195). Sólo hay una excepción en el caso del Rey Priyavrata, el hijo del primer Manu, Svâyambhuva, que tuvo *diez* hijos. Pero de éstos, tres –Medha, Agnibâhu y Putra (*ibíd.*, II, 101)– se hicieron ascetas y rehusaron sus partes. De este modo, Priyavrata dividió la Tierra otra vez en siete continentes)

No se puede dejar de reconocer en Creuzer grandes facultades intuitivas, cuando, a pesar de que casi desconocía las filosofías indo-arias, que eran muy poco conocidas en su tiempo, le vemos escribir:

Nosotros, los europeos modernos, nos sorprendemos cuando oímos hablar de los Espíritus del Sol, de la Luna, etc. Pero lo repetimos otra vez: *el buen sentido natural y el recto juicio* de los pueblos antiguos, completamente extraños a nuestras ideas, *por completo materiales*, de la mecánica y de las ciencias físicas... no podían ver en las estrellas y planetas otra cosa que simples masas de luz, o cuerpos opacos moviéndose en circuitos en el espacio sideral, meramente de acuerdo con las leyes de atracción y repulsión; veían en ellos cuerpos *vivos animados* por espíritus, así como los veían en todos los reinos de la Naturaleza... *Esta doctrina de los espíritus, tan en armonía con la Naturaleza*, de la cual se derivaba, constituía, un gran concepto único, en donde los aspectos físico, moral y político formaban un solo conjunto (*Égipte*, págs. 450, 455: De Mirville, *ibíd.*, págs. 41, 42)

Sólo este concepto es el que puede llevar al hombre a formar una conclusión exacta acerca de su origen y del génesis de todas las cosas en el Universo: del Cielo y de la Tierra, entre los cuales es él un eslabón viviente. Sin semejante eslabón psicológico, y el sentimiento de su presencia, ninguna ciencia puede progresar jamás, y el reino del conocimiento tiene que quedar limitado al análisis de la materia física solamente.



Los Ocultistas creen en “espíritus”, porque se *sienten* (y algunos se ven) rodeados de ellos por todos lados (Como regla general, *ahora* que la naturaleza misma del hombre *interno* se ha hecho tan ciega como su naturaleza física, el hombre en este Globo es como un amphioxus en el océano. Visto por millones de otros peces y seres que le rodean, la especie amphioxitis, no teniendo cerebro ni ninguno de los sentidos que otras especies poseen, no los ve. ¡Quién sabe si, con arreglo a la teoría darwiniana, estos branquióstomos no son los antecesores directos de nuestros materialistas!). Los Materialistas, no. Viven en esta Tierra, lo mismo que algunos seres en el mundo de los insectos y hasta en el de los peces, rodeados de miríadas de su propia especie, sin verlos y hasta sin sentirlos (¡Los Ocultistas han sido acusados de reverenciar a Dioses o Demonios! Lo negamos. Entre las innumerables huestes de Espíritus—entidades que han sido o que serán hombres—hay algunas inconmensurablemente superiores a la raza humana, más elevados y más santos que el santo más grande de la Tierra, y más sabio que cualquier mortal sin excepción. Los hay también que no son mejores que nosotros, y algunos mucho peores e inferiores al salvaje más ínfimo. Estos últimos son los que disponen de más facilidades de comunicación en nuestra Tierra, los que nos perciben y nos sienten, lo mismo que los clarividentes los perciben y los sienten. La estrecha proximidad de nuestras respectivas moradas y planos de percepción favorece desgraciadamente semejante intercomunicación, estando ellos siempre dispuestos a intervenir en nuestros asuntos en bien o en mal. Si se nos pregunta cómo es que sólo las naturalezas histéricas sensitivas, personas neuro y psicopáticas, ven los “espíritus” y a veces hablan con ellos, contestaremos con otras preguntas como sigue: ¿Sabéis cuál es la naturaleza de la alucinación, y podéis definir su proceso psíquico? ¿Cómo sabéis que todas esas visiones son debidas únicamente a alucinaciones físicas? ¿Qué es lo que os hace estar tan seguros de que las enfermedades mentales y nerviosas, al paso que velan nuestros sentidos *normales* (así llamados), *no* revelan al mismo tiempo vistas desconocidas para el hombre sano, abriendo puertas ordinariamente cerradas a vuestras percepciones científicas (¿); o que una facultad psíquico—espiritual *no* reemplaza seguidamente la pérdida, o la atrofia temporal, de un sentido puramente físico? La enfermedad o la exuberancia de fluido nervioso es lo que produce la mediumnidad y las visiones, las alucinaciones, según las llamáis. Pero ¿qué sabe la Ciencia, ni aun de la mediumnidad? A la verdad, si los Charcots modernos se fijaran en el delirio de sus pacientes desde un punto de vista más psíquico, la Ciencia, especialmente, la fisiología, se beneficiaría más de lo que lo está ahora, y la verdad abarcaría un campo más vasto de hechos en sus conocimientos).

Platón es el primer sabio entre los escritores clásicos que habla con extensión de las Dinastías Divinas. Las coloca en un vasto continente al cual da el nombre de Atlántida.

Tampoco fue Bailly el primero ni el último en creer en esto, pues había sido precedido y anticipado en esta teoría por el Padre Kircher, el sabio jesuita, quien, en su *OEdipus Aegyptiacus*, escribe:



Confieso que durante mucho tiempo consideré todo esto [las Dinastías y la Atlántida] como pura fábula (*meras nugas*), hasta el día en que, más instruido en las lenguas orientales, pude juzgar que todas estas leyendas deben ser, después de todo, sólo el desarrollo de una gran verdad (I, 70; De Mirville, *ibíd.*, pág. 26).

Según indica De Rougemont, Teopompo, en su *Meropis*, presentaba a los sacerdotes de la Frigia y el Asia Menor hablando exactamente como lo hicieron los sacerdotes de Sais cuando revelaron a Solón la historia y destino de la Atlántida. Según Teopompo, era un continente único de extensión indefinida, que contenía dos países habitados por dos razas –una guerrera y otra piadosa y meditadora (Éstos eran los primitivos Arios y la masa de la Cuarta Raza–Raíz; los primeros piadosos y meditadores (que se entregaban a la contemplación– *Yoga*), y la última una raza guerrera de brujos, que degeneraron rápidamente, debido a sus pasiones sin freno)–, las cuales simboliza Teopompo por dos ciudades (Las divisiones Norte y Sur de la Lemuria–Atlántida. La tierra hiperbórea y la Ecuatorial de los dos Continentes). La “ciudad” piadosa era *continuamente visitada por los Dioses*; la “ciudad” guerrera estaba habitada por varios seres *invulnerables* al hierro, y que sólo podían ser *heridos mortalmente* por la piedra y la madera (De Rougemont, *Peuple Primitif*, III, 157; De Mirville, *ibíd.*, página 29. Esto es Oculto y se refiere a la propiedad del hierro, el cual es atraído por algunos elementos magnéticos, y rechazado por otros. Tales elementos pueden hacerse, por medio de un procedimiento oculto, tan impenetrables al hierro como el agua a un golpe). De Rougemont trata esto como una pura *ficción* de Teopompo, y hasta ve una *superchería* en el aserto de los sacerdotes saíticos. Fue ello considerado ilógico por los demonólogos. Según las palabras irónicas de De Mirville:

Una *superchería* que estaba basada en una creencia, producto de la fe de toda la antigüedad; una *suposición* que, sin embargo, dio su nombre a toda una cordillera (Atlas), que especificaba con la mayor precisión una región topográfica (colocando esta tierra a poca distancia de Cádiz y del Estrecho de Calpe), que profetizaba, 2.000 años antes que Colón, la *gran tierra transoceánica* situada más allá de esa Atlántida, y a la que “se llegaba –se decía– por las islas no de los Benditos, sino de los Buenos Espíritus”, eu1daimónia (nuestras Islas Afortunadas). ¡Semejante suposición puede muy bien no ser más que una *quimera universal!* (*Ibid.*, *loc. cit.*).

Lo cierto es que, ya sea “quimera” o realidad, los sacerdotes de todo el mundo lo tenían de una misma fuente, o sea la tradición universal acerca del tercer gran Continente que pereció hace unos 850.000 años (El Primer Continente o isla, si se prefiere así, “la corona del Polo Norte”, nunca ha perecido ni perecerá hasta el fin de las Siete Razas), un Continente habitado por dos razas distintas, distintas físicamente y sobre todo moralmente, ambas en extremo versadas en la sabiduría primitiva y en los secretos de la naturaleza, y mutuamente enemigas en su lucha, durante el curso y progreso de su doble evolución. Pues ¿de dónde provienen hasta las enseñanzas chinas sobre el asunto, si no es más que una ficción”? ¿No tienen ellos anales de la existencia



en un tiempo de una Isla *Santa* más allá del sol, Tcheoti, más allá de la cual estaban situadas las tierras de los Hombres *Inmortales*? (Véase De Rougemont, *ibíd.*). ¿No creen ellos todavía que los restos de esos Hombres *inmortales* –que sobrevivieron cuando la Isla *Santa* se convirtió en negra por el pecado y pereció– han encontrado refugio en el gran Desierto de Gobi, en donde residen aún, invisibles para todos y defendidos de toda intrusión por una hueste de Espíritus?

Según escribe el muy incrédulo Boulanger:

. . . Platón, en el IV libro de sus *Leyes*, dice que, mucho antes de la construcción de las primeras ciudades, Saturno había establecido en la Tierra *cierta* forma de gobierno bajo la cual el hombre era muy feliz. Ahora bien; como él se refiere a la Edad de oro, o a ese reinado de los Dioses tan celebrado en las antiguas fábulas..., veamos las idas que tenían en aquella dichosa edad, y cuál fue la oportunidad que tuvo para introducir esta *fábula* en un tratado de política. Según Platón, para poder obtener ideas preciosas y claras sobre la realeza, su origen y poder, hay que retroceder a los principios de la historia y de la tradición. Grandes cambios, dice, ocurrieron en los tiempos de antaño, *en el cielo y en la tierra*, y el presente estado de cosas es uno de los resultados (Karma). Nuestras tradiciones nos hablan de muchas maravillas, de cambios que ocurrieron en el curso del sol, del reinado de Saturno y de mil otras materias que permanecen esparcidas en la memoria humana; pero *nunca se oye hablar nada del mal que estas revoluciones han producido, ni del mal que inmediatamente siguió a ellas*. Sin embargo. . . este Mal es el principio de que hay que tratar, para poder ocuparnos de la realeza y del origen del poder.

Este Mal, parece que Platón lo ve en la similitud o consubstanciabilidad de las naturalezas de los gobernadores y gobernados; pues dice que mucho antes de que el hombre construyese sus ciudades, **en la Edad de oro, no había más que dicha en la Tierra, porque no había necesidades. ¿Por qué? Porque Saturno, sabiendo que el hombre no podía gobernar al hombre sin injusticia y sin llenar el universo de sus víctimas y su vanidad, no quiso permitir que ningún mortal obtuviese poder sobre sus adictas criaturas. Para conseguir esto, el Dios usó de los mismos medios que nosotros empleamos con nuestros ganados. Nosotros no ponemos un toro ni un carnero al frente de los toros y carneros, sino que les damos un jefe, un pastor, esto es, *un ser de especie completamente diferente de la suya y de una naturaleza superior*. Esto es precisamente lo que hizo Saturno. Él amaba la humanidad y no colocó para gobernarla a ningún rey mortal, o príncipe, sino “Espíritus y Genios de una naturaleza divina superior a la del hombre”.**

Dios (el Logos, la Síntesis de la Hueste) fue el que, presidiendo de este modo sobre los Genios, se convirtió en el primer Pastor y Jefe de los hombres (La Doctrina Secreta explica y declara lo que dice Platón, pues enseña que estos “Inventores” eran Dioses y Demi-dioses –Devas y Rishis-, los cuales, unos deliberadamente y otros obligados por Karma, habían encarnado en el hombre). Cuando el mundo cesó de ser gobernado así, y los Dioses se retiraron, animales feroces devoraron una parte de la humanidad. Abandonados a sus propios recursos e



industria, aparecieron entonces sucesivamente Inventores, y descubrieron el fuego, el trigo, el vino; y la gratitud pública los deificó.

Y la humanidad tuvo razón, pues el fuego por la fricción fue el primer misterio de la naturaleza, la primera y principal propiedad de la materia que fue revelada al hombre.

Como dice los Comentarios: *Frutos y granos, desconocidos en la tierra hasta entonces, fueron traídos por los “Señores de Sabiduría”, de otros Lokas (Esferas) para beneficio de aquellos a quienes gobernaban.*

Ahora bien: Las primeras invenciones (¿) de la humanidad, son las más maravillosas de todas las que la especie ha hecho nunca. . . El *primer uso del fuego* y el descubrimiento de los métodos para encenderlo; la domesticación de los animales; y, sobre todo, *el proceso por el cual se desarrollaron primeramente los cereales* de algunas hierbas salvajes (¿) –todos estos son *descubrimientos con los cuales no pueden compararse, en ingenio y en importancia, ninguno de los descubrimientos subsiguientes*. Todos son desconocidos de la historia, todos perdidos en la luz de un *refulgente amanecer*.

Esto se dudará y negará en nuestra orgullosa generación. Pero si se asegurase que no hay granos ni frutos desconocidos en la tierra, entonces haremos presente al lector que el trigo no ha sido jamás encontrado en estado silvestre; él no es un producto de la tierra. A todos los demás cereales se les ha encontrado sus formas primogénitas, en varias especies de hierbas silvestres, pero el trigo ha desafiado hasta ahora los esfuerzos hechos por los botánicos para encontrar su origen. Y tengamos presente a este propósito, cuán sagrado era este cereal entre los sacerdotes egipcios; el trigo se ponía hasta con sus momias, y se ha encontrado miles de años después en sus ataúdes. Recordemos cómo los servidores de Horus espigan el trigo en el campo de Aanru, trigo de *siete codos de alto*.

Dice la Isis egipcia: Yo soy la reina de estas regiones; yo fui la primera en revelar a los mortales los misterios del trigo y del grano... Yo soy aquella que se levanta en la constelación del Perro... Alégrate., ¡oh Egipto!, tú que fuiste mi nodriza.

Sirio era llamada la estrella del Perro. Era la estrella de Mercurio o Budha, llamado el gran Instructor de la Humanidad.

El *Y-king* chino atribuye el descubrimiento de la agricultura a las “instrucciones dadas a los hombres por genios celestiales”.

Desgraciados, desgraciados los hombres que no saben nada, que no observan nada, ni quieren ver. Todos ellos están ciegos, puesto que permanecen ignorando cuando lleno está el mundo de criaturas diversas e invisibles, que pululan hasta en los sitios más sagrados. *Zohar, parte I.*



Los “Hijos de Dios” *han existido y existen*. Desde los indos Brahmputras y Mânasaputras, Hijos de Brahmâ, e Hijos Nacidos de la Mente, hasta los Bne Aleim de la *Biblia* judía, la creencia de los siglos y de la tradición universal obligan a la razón a rendirse ante tales evidencias. ¿Qué valor tiene la llamada “crítica independiente”, o la “evidencia interna” –basadas ordinariamente en los respectivos conceptos favoritos de los críticos- frente al testimonio universal, que jamás han variado a través de los ciclos históricos? Léase esotéricamente, por ejemplo, el capítulo sexto del *Génesis*, que repite el aserto de la Doctrina Secreta, aunque cambiando ligeramente la forma, y sacando una conclusión diferente que contrasta con el mismo *Zohar*.

Había gigantes en la tierra en aquellos días; y *también después de eso*, cuando los hijos de Dios (Bne Aleim) se unieron a las hijas de los hombres, y ellas les dieron hijos, que fueron hombres poderosos desde la antigüedad, hombres célebres (o gigantes). *Génesis*, VI, 4.

¿Qué significa esta frase?, “y también después de eso?”, a menos que no sea: Había gigantes en la tierra *antes*, esto es, antes de los Hijos Sin Pecado de la Tercera Raza; y *también después de eso*, cuando los otros Hijos de Dios, de naturaleza inferior, inauguraron la relación sexual en la Tierra, como hizo Daksha, cuando vio que sus Mânasaputras no querían poblar la Tierra? Y luego viene una larga interrupción en el capítulo, entre los versículos 4 y 5. Pues seguramente, no fue en o por la maldad de los “hombres poderosos... hombres célebres”, entre los cuales colocan a Nimrod “el poderoso cazador ente el Señor”, que “Dios vio que la maldad del hombre era grande”, ni tampoco en los constructores de Babel, pues esto era *antes* del Diluvio; sino en la progenie de los Gigantes que produjeron *monstra queadam de genere giganteo*, monstruos de que surgieron las razas inferiores de hombres, representados ahora en la Tierra por unas cuantas tribus miserables que se están extinguiendo, y por los grandes monos antropoides.

Y si los teólogos, ya sean protestantes o católicos romanos, nos llaman al orden, nos basta con enviarlos a sus propios textos literales. El versículo antes citado ha sido siempre un dilema, no sólo para los hombres de ciencia y los versados en la *Biblia*, sino también para los sacerdotes. Pues, según plantea el asunto el reverendo Padre Péronne:

O bien eran (los B’ne Aleim) Ángeles buenos, y en tal caso, ¿cómo podían caer? O eran (Ángeles) malos, y en este caso no podían ser llamados B’ne Aleim, o hijos de Dios (*Proelectiones Theol. Cap. II; De Mirville, ibid, pág. 84*)

Este enigma bíblico, “cuyo verdadero sentido ningún autor ha podido comprender nunca”, según confiesa ingenuamente Fourmont (*Relfexions Critiques sur l’Origine des Anciens Peuples*), sólo puede explicarse por la Doctrina Oculta, por el *Zohar* para los



occidentales, y por el *Libro de Dzyan* para los orientales. Lo que dice este último ya lo hemos visto; lo que nos dice el *Zohar* es que B'ne Aleim era un nombre común de los *Malachim*, los buenos Mensajeros, y de los *Ischins*, los Ángeles inferiores (Rabi Parcha).

Podemos añadir, en beneficio de los demonólogos, que su Satán, el "Adversario", es incluido en el libro de *Job* entre los "hijos" de Dios o B'ne Aleim que visitan a su padre (I, 6). Pero de esto trataremos más adelante. (D.S. III, 607-630).

Plutarco explica que los griegos más antiguos consideraban la Tétrada como la raíz y principio de todas las cosas, dado que era el número de los elementos que producían todas las cosas *creadas*, visibles e invisibles. (D.S. IV, 264).

Bailly, que no sabía nada de las enseñanzas esotéricas, ni de la Lemuria, creía, sin embargo, sin reservas, en la perdida Atlántida, así como también en varias naciones prehistóricas y civilizadas, que habían desaparecido sin dejar rastro alguno innegable. Había estudiado extensamente los antiguos *clásicos* y las *tradiciones*, y había visto que las artes y las ciencias conocidas de los que hoy llamamos los "antiguos", no eran:

las obras de ninguna de las naciones hoy existentes o que entonces existían, ni de ninguno de los pueblos históricos del Asia...

y que, a pesar de la sabiduría de los indos, su innegable prioridad en los principios de su raza tenía que referirse a un pueblo o a una raza aún más antigua y más instruida que los mismos brahmanes (*Histoire de l'Astronomie Ancienne*, págs. 25 y siguientes).

Voltaire, el mayor escéptico de su tiempo, el materialista *por excelencia* compartía la creencia de Bailly. Creía él muy probable que:

Mucho antes de los imperios de China y de la India, hubiera habido naciones cultas, instruidas y poderosas, las cuales fueron dominadas por una gran invasión de bárbaros y sumergidas de nuevo en su estado primitivo de ignorancia y de salvajismo, o lo que llaman el estado de naturaleza pura (*Lettres sur l'Atlantide*, pág. 15. Esta conjetura no es más que adivinar a medias. Hubo tales "diluvios de bárbaros" en la Quinta Raza. Respecto de la Cuarta, fue un *bona fide* diluvio de agua lo que la hizo desaparecer. Ni Voltaire ni Bailly, sin embargo, sabían nada de la Doctrina Secreta del Oriente).

Lo que en Voltaire era la conjetura sagaz de una gran inteligencia, era en Bailly una "cuestión de hechos históricos". Pues, he aquí lo que escribía:



Doy gran importancia a las antiguas tradiciones conservadas a través de una larga serie de generaciones.

Era posible, pensaba él, que una nación extranjera, después de instruir a otra nación, desapareciese de modo que no dejara rastro. Cuando se le preguntaba cómo podía suceder que esta nación antigua, o más bien arcaica, no hubiese dejado, por lo menos, algún recuerdo en la mente humana, contestaba que el Tiempo devora sin compasión los hechos y sucesos. Pero la historia del pasado no se perdió enteramente nunca, pues los sabios del antiguo Egipto la habían conservado “y así se conserva hasta hoy en otra parte”. Los sacerdotes de Saïs le dijeron a Solón, según Platón:

No conocéis esa nobilísima y excelente raza de hombres, que habitó una vez vuestro país, de quien vos descendéis así como todos vuestros actuales estados, aunque sólo un pequeño resto de esta gente admirable es la que ahora queda. . . Estos escritos relatan la fuerza prodigiosa que dominó una vez vuestra ciudad, cuando un potente poder guerrero, precipitándose desde el mar Atlántico, se extendió con furia hostil sobre toda Europa y Asia (*Timoeus*, traducido por H. Davis, págs. 326–328).

Los griegos no eran sino los restos empequeñecidos y debilitados de esa nación en un tiempo gloriosa (La historia acerca de la Atlántida y todas las tradiciones sobre el asunto fueron contadas, como todos saben, por Platón en su *Timoeus* y *Critias*. Platón, cuando era niño, lo supo de su abuelo Critias, de edad de noventa años, quien lo había oído en su juventud a Solón, amigo de su padre, Dropide; – Solón, uno de los Siete Sabios de Grecia. Creemos que no podría encontrarse origen de más confianza).

¡Qué era esta nación? La Doctrina Secreta enseña que fue la última parte de la séptima sub-raza de los atlantes, que entonces estaba ya englobada en una de las primeras sub-razas del tronco Ario, que se había ido extendiendo sobre el continente e islas de Europa, tan pronto como estas principiaron a surgir de los mares. Descendiendo de las altas mesetas del Asia, en donde las dos razas se habían refugiado en los días de la agonía de la Atlántida, se habían ido estableciendo y colonizando las nuevas tierras surgidas. La sub-raza inmigrante había aumentado y se multiplicó rápidamente en aquel suelo virgen; se había dividido en muchas razas de familia, las cuales a su vez se dividieron en naciones: Egipto y Grecia, los fenicios y los troncos del Norte, procedieron así de esta sub-raza. Miles de años después, otras razas (restos de los atlantes), “amarillas y rojas, morenas y negras”, principiaron a invadir el nuevo continente. Hubo guerras en que los recién llegados fueron vencidos, y huyeron, unos al África, otros a países remotos. Algunas de estas tierras se convirtieron en islas en el curso del tiempo, debido a nuevas convulsiones geológicas. Separadas así de modo forzoso de los continentes, el resultado fue que las tribus y familias no desarrolladas del



linaje atlante, cayeron gradualmente en una condición aun más abyecta y salvaje. (D.S. IV, 502-504).

“Ruedas” como ya se ha explicado, son los centros de fuerza en torno de los cuales se esparce la materia cósmica primordial, y pasando por todos los seis grados de consolidación, se convierte en esferoidal y termina por transformarse en globos o esferas. Es uno de los dogmas fundamentales de la cosmogonía Esotérica, que durante los Kalpas (o Evos) de Vida, el Movimiento, que en los periodos de Reposo *“pulsa y vibra al través de cada átomo dormido”*, asume una tendencia hacia el movimiento circular, que siempre va en aumento, desde el despertar primero del Kosmos hasta un nuevo “Día”. “La Deidad se convierte en un Torbellino.” Puede preguntarse, como lo ha hecho también la autora: ¿Quién podrá averiguar la diferenciación de aquel Movimiento, si toda la Naturaleza se halla reducida a su esencia primera, no existiendo allí nadie –ni siquiera uno de los Dhyani Chohans, puesto que están todos en Nirvana– que lo pueda ver? La contestación a esto es: “Todo, en la Naturaleza tiene que juzgarse por analogía. Aunque las más elevadas Deidades (Arcángeles o Dhyani-Buddhas) sean incapaces de penetrar los misterios demasiado alejados de nuestro Sistema Planetario y del Cosmos visible, sin embargo han existido en los tiempos antiguos grandes videntes y profetas que pudieron percibir el misterio del Hábito y del Movimiento retrospectivamente, cuando los sistemas de Mundos permanecían en reposo y sumidos en su sueño periódico.”

Las Ruedas también son llamadas Rota (las Ruedas movientes de los orbes celestiales que toman parte en la creación del mundo), cuando el significado se refiere al principio animador de las estrellas y planetas; pues en la *Kabalah* se las representa por los Auphanim, los Ángeles de las Esferas y Estrellas, de las cuales son las Almas animadoras (Véase *Kabalah Denudata* “De Anima”, pag. 113).

Esta ley de movimiento giratorio en la materia primordial es una de las más antiguas concepciones de la filosofía griega, cuyos primeros sabios históricos eran casi todos Iniciados en los Misterios. Los griegos la debían a los egipcios, y estos últimos a los caldeos, quienes habían sido discípulos de brahmanes de la Escuela esotérica. Leucipo y Demócrito de Abdera –el discípulo de los Magos– han enseñado que este movimiento giratorio de los átomos y esferas, ha existido desde la eternidad (“La doctrina de la rotación de la tierra sobre un eje era enseñada por Hicetas el pitagórico probablemente 500 años antes de nuestra Era. También la enseñaban su discípulo Ephantus y Heráclides, discípulo de Platón. La inmovilidad del Sol y la rotación orbital de la tierra fueron expuestas por Aristarco de Samos en 381 antes de nuestra Era, como suposiciones de acuerdo con hechos observados. La teoría heliocéntrica era enseñada cosa de 150 años antes de nuestra Era, por Seleuco de Seleucia, a



orillas del Tigris. [Fue enseñada 500 años antes de nuestra Era por Pitágoras. –H.P.B.] Se dice también que Arquímedes, en una obra titulada *Psammites*, inculcaba la teoría heliocéntrica. La forma esférica de la tierra fue claramente enseñada por Aristóteles, quien apelaba a la prueba de la figura de la sombra de la tierra sobre la Luna en los eclipses (Aristóteles, *De Coelo*, libro II, cap. XIV). La misma idea fue defendida por Plinio. (*Historia Natural*, II, 65). Estas opiniones parecen haber estado perdidas para el conocimiento durante más de un millar de años... Winchell, *World-Life*, 551-2). Hicetas, Heráclides, Ecphantus, Pitágoras y todos sus discípulos enseñaron la rotación de la tierra; y Aryabhata de la India, Aristarco, Seleuco y Arquímedes calcularon su revolución tan científicamente como lo hacen los astrónomos hoy día; al paso que la teoría de los Vórtices Elementales era conocida por Anaxágoras, que la sostenía 500 años antes de nuestra Era, o casi 2.000 antes que fuese admitida por Galileo, Descartes, Swedenborg, y finalmente, con ligeras modificaciones, por Sir W. Thomson (*On Vortex Atoms*). Todos esos conocimientos, haciendo tan solo justicia, son un eco de la doctrina arcaica, que se intenta explicar en la actualidad.

Como hombres de los últimos siglos han llegado a las mismas ideas y conclusiones que, como verdades axiomáticas, eran enseñadas en el secreto de los Adyta docenas de millares de años ha, es cuestión que se tratara aparte. Algunos fueron conducidos a ello por el progreso natural de la ciencia física y por medio de la observación independiente; otros, tales como Copérnico, Swedenborg y algunos pocos más, no obstante sus grandes conocimientos, debieron su saber mas a sus ideas intuitivas que a las adquiridas y desarrolladas de la manera habitual por el estudio Swedenborg, que no podía haber conocido nada de lo referente a las ideas esotéricas del Budhismo, llego por si sólo muy cerca de la enseñanza ocultista en sus concepciones generales, y lo demuestra su ensayo acerca de la Teoría de los Vórtices. En la traducción de la misma por Clissold, citada por el profesor Winchel (*Obr. cit.*, 567), encontramos el siguiente resumen:

La primera causa es lo infinito o ilimitado. Esta concede existencia al primer finito o limitado. [El Logos en su manifestación y el Universo.] Lo que produce un límite, es análogo al movimiento. [Véase Estancia I *supra*.] El límite producido es un punto, cuya esencia es el movimiento; pero careciendo de partes, esta esencia no es movimiento efectivo, sino únicamente un conato hacia el mismo. [En nuestra doctrina, no es un “conato” sino un cambio de Eterna Vibración en lo inmanifestado, al Movimiento en vórtices en el Mundo fenomenal o manifestado]. De este principio han procedido la expansión, el espacio, la figura y la sucesión o tiempo. Así como en geometría un punto genera una línea, una línea una superficie, y una superficie un sólido, del mismo modo aquí el conato del punto tiende hacia líneas, superficies y sólidos. En otras palabras, el Universo se halla contenido *in ovo* en el primer punto natural.

El Movimiento hacia el cual el conato tiende, es circular, puesto que el círculo es la más perfecta de todas las figuras... “La figura mas perfecta del movimiento antes descrito,



debe ser perpetuamente circular; mejor dicho, debe proceder del centro a la periferia, y de la periferia al centro (Extractado de *Principia Rerum Naturalium*)

Esto es pura y sencillamente Ocultismo. Las “Seis direcciones del Espacio” significan aquí el “Doble Triángulo”, la unión y fusión del Espíritu puro y de la Materia, de lo Arupa y de lo Rupa de los cuales los Triángulos son un Símbolo. Este Doble Triángulo es un símbolo de Vishnu; es el Sello de Salomón y el Shri-Antara de los brahmanes. (D.S. I, 233-237).

Las leyes de Manú no son ni más ni menos que las doctrinas de Platón, Filo Judeo, Zoroastro, Pitágoras y los cabalistas que explican el esoterismo de todas las religiones. El concepto cabalístico del Padre y del Hijo es idéntico al de las enseñanzas fundamentales del budismo. Moisés no podía revelar al pueblo los sublimes secretos de las doctrinas religiosas y cosmogónicas veladas bajo la *ilusión* induista, que encubría hábilmente el *Sancta Sanctorum* cuyo significado extravió a tantos comentadores.

“En ningún país se confiaba a la escritura las doctrinas genuinamente esotéricas. La induista *Brahmâjñâna* se ha transmitido oralmente de una a otra generación, y por el mismo procedimiento comunicó Moisés las doctrinas cabalistas a sus discípulos. El primitivo agnosticismo oriental quedó enteramente corrompido y adulterado por las distintas sectas que le sucedieron. Filo Judeo, en su obra *De Sacrificis Abeli et Caini*, alude a misterios que no es posible revelar a los profanos. Platón pasa por alto muchos puntos y sus discípulos advierten repetidamente este sigilo del maestro. Quién haya leído, siquiera superficialmente a los filósofos antiguos, echará de ver su analogía con las leyes de Manú hasta el punto de inferir que todos bebieron en las mismas fuentes. Dice Manú: “En la mente divina existía en un principio este universo como envuelto en tinieblas, no manifestado imperceptible, indefinible, in-revelado, inaccesible a la razón, cual si estuviera profundamente dormido. Después la única Potestad existente por sí misma y que a sí misma no se conocía, apareció radiante de gloria, y, disipando las tinieblas, actualizó su idea”. Así habla el código fundamental de la sabiduría. La *Idea* de Platón es el Logos, la *Voluntad divina*, manifestada por sí misma, *la luz eterna* de la que emana toda la luz invisible y física. (Isis I, 436-437).

Todo cuanto expuesto queda en las secciones precedentes, y cien veces más, se enseñaba en los Misterios desde tiempo inmemorial. Si bien la primera aparición de estas instituciones es objeto de tradición histórica respecto a naciones posteriores, su origen debe remontarse ciertamente a los tiempos de la cuarta



raza raíz. Los Misterios fueron comunicados a los elegidos de esta raza cuando la generalidad de los atlantes empezaron a sumirse en el pecado, y resultaba peligroso confiarles los secretos de la Naturaleza. Los tratados ocultos atribuyen el establecimiento de los Misterios a los Reyes iniciados de las dinastías divinas, en tiempos en que los “Hijos de Dios” habían ido consintiendo que sus países se convirtieran gradualmente en tierra del vicio (Kukarma-des).

La antigüedad de los Misterios puede inferirse de la historia del culto de Hércules en Egipto. Según los sacerdotes dijeron a Herodoto, no era griego este dios, y sobre el particular dice el famoso historiador:

Del Hércules griego no he podido encontrar dato alguno en Egipto... el nombre no lo tomó jamás prestado Egipto de Grecia... Hércules... como afirman los sacerdotes, es uno de los doce dioses mayores, procedentes de los ocho dioses primitivos, unos 17.000 años antes del de Amasis,

Hércules tiene origen indo, y dejando aparte su cronología bíblica, el coronel Tod acierta al suponer que era el Balarâma o Baladeva de los arios. Leyendo los *Purânas* con la clave esotérica, hallaremos corroborada en casi todas sus páginas la Doctrina Secreta. Los autores antiguos comprendieron perfectamente esta verdad. Y de aquí que, sin discrepancia, atribuyan origen asiático a Hércules.

Un pasaje del Mâhâbhârata está dedicado a la historia de Hércules, de cuya raza era Vyasa. . . Diodoro relata la misma historia con leves variaciones. Dice a este propósito: “Hércules nació en la India; y lo mismo que en Grecia, se le representa con una maza y una piel de león”. Krishna y Baladeva son (señores) de la raza (*cûla*) de Heri (de aquí *Heri-cul-es*, de la raza de *Heri*; y por contracción Hércules), de donde los griegos derivaron el nombre de Hércules.

La Doctrina Secreta explica que Hércules fue la última encarnación de uno de los siete “Señores de la Llama”, tomando cuerpo en Baladeva, hermano de Krishna; que sus encarnaciones tuvieron efectos durante la tercera, cuarta y quinta razas raíces; y que los últimos inmigrantes introdujeron en Egipto el culto que se le tributaba en Lanka e India. No cabe duda de que los griegos tomaron de los egipcios este dios, pues le asignaron la ciudad de Tebas por cuna, aunque suponen que realizó en Argos sus doce hazañas. (D.S. V, 361-362).

No fue Zenon, el fundador del sistema de los estoicos, el único que enseñó que el Universo se desenvuelve, y su Substancia primera se transforma del estado de fuego en el de aire, después en el de agua, etc. Heráclito de Éfeso sostenía que



el único principio existente bajo todos los fenómenos de la Naturaleza es el fuego. La inteligencia que mueve al Universo es el fuego, y el fuego es inteligencia. Y mientras Anaximenes dice lo mismo respecto del aire, y Thales de Mileto (600 años antes de Cristo) lo dice acerca del agua, la Doctrina Esotérica reconcilia a todos estos filósofos demostrando que a pesar de estar en lo justo cada cual en su respectivo sistema, ninguno de estos, sin embargo, era completo. (D.S. I, 176).

. . . En la raza aria más antigua, la inda, el culto de las clases intelectuales nunca consistió, como entre los griegos, en una adoración ferviente a la forma y al arte maravillosos, que llevó a los últimos al antropomorfismo. Pero mientras el filósofo griego adoraba la forma, y sólo el sabio indo “percibía” la verdadera relación entre la hermosura terrestre y la verdad eterna”, las gentes incultas de todas las naciones nunca han comprendido ninguna de las dos cosas.

Ni aun ahora las comprenden. La evolución de la idea de Dios, va a la par que la propia evolución intelectual del hombre. Tan verdad es esto, que el ideal más noble a que el espíritu religioso de una época pueda remontarse, parecerá una caricatura grosera a la mente filosófica de una época posterior. **Los mismos filósofos tenían que ser *iniciados en los misterios perceptivos*, antes de que pudieran asir la idea correcta de los antiguos con relación a este asunto, el más metafísico de todos. De este modo –fuera de semejante Iniciación- para cada pensador habrá un “hasta aquí llegarás, pero no más allá”, limitado por su capacidad intelectual, de un modo tan claro e infalible, como lo esté el progreso de cualquier nación o raza, en su ciclo, por la ley del Karma. Fuera de la Iniciación, los ideales del pensamiento religioso contemporáneo tendrán siempre las alas cortadas, sin poder remontar su vuelo; pues tanto los pensadores idealistas como los realistas, y hasta los librepensadores, no son sino la demostración y producto natural de su época y de todo lo que les rodea. Sus ideales son tan sólo el necesario resultado de su temperamento, y la expresión de aquella fase del progreso intelectual que ha alcanzado una nación, en su colectividad. De aquí, como ya se ha observado, que los más altos vuelos de los metafísicos occidentales modernos, hayan quedado muy lejos de la verdad. . . (D.S. II, 42-43).**

PREG. *Tenemos grandes helenistas, latinistas, sanscritistas y hebraístas. ¿Cómo explicáis que no hallemos nada en sus traducciones que se refiera a lo que decís?*



Porque sus traductores, a pesar de su gran saber, han tomado a los filósofos, a los griegos especialmente, por escritores nebulosos, en vez de reconocer que son místicos. Ved a Plutarco, por ejemplo, y leed lo que dice respecto de los “principios” del hombre. Lo que describe fue aceptado literalmente y atribuido a superstición metafísica e ignorancia. Permitidme que os cite un ejemplo: “El hombre –dice Plutarco– es compuesto; y se *equivocan los que lo creen compuesto de dos partes* solamente. Pues suponen que el entendimiento (intelecto del cerebro) es una parte del alma (la tríada superior); pero yerran en esto, lo mismo que los que hacen del alma una parte del cuerpo (es decir, de la *tríada* una parte del *cuaternario* mortal corruptible). Pues el entendimiento (*Nous*), tanto excede al alma como ésta sobrepuja en bondad y divinidad al cuerpo. Ahora bien, ese compuesto del alma (*psuche*) con el entendimiento (*Nous*) forma la razón; y con el cuerpo (o *thumos*, alma animal), la pasión; siendo el uno origen o principio del placer y del dolor, y el otro de la virtud y el vicio. De esas tres partes unidas y compactas entre sí, la Tierra dio el cuerpo, la Luna el alma y el Sol el entendimiento a la generación humana”.

Esta última frase es puramente alegórica, y sólo la entenderán aquellos que están versados en la ciencia esotérica de las correspondencias y que saben cuál es el planeta *relacionado con cada principio*. Plutarco divide estos últimos en tres grupos, y hace del cuerpo un compuesto de *forma física, sombra astral y aliento*, o parte triple inferior, que de la Tierra fue sacada, y a la Tierra vuelve”. Del principio medio y del *alma instintual* forma la segunda parte, derivada de la Luna y siempre influida por ella (Los Kabalistas que conocen la relación que existe entre Jehová, el productor de la vida y de los hijos, con la Luna, y la influencia de esta última en la generación, comprenderán este punto, así como algunos astrólogos), y únicamente de la parte superior del *Alma Espiritual* (Buddhi), con los elementos *Átmicos y Manásicos* en ella, hace una emanación directa del Sol, que aquí representa a *Agathon*, la Deidad Suprema. Esto está probado por lo que más adelante dice:

“Así es que de las muertes por las que pasamos, la una hace al hombre dos de tres y la otra uno de dos. La primera ocurre en la región y jurisdicción de Deméter, por lo que el nombre dado a los misterios, telein, se asemejaba al que daban a la muerte, telein tan. También los atenienses consideraron antiguamente a los muertos como consagrados a Deméter. En cuanto a la otra muerte, tiene lugar en la Luna o región de Perséfone.”

Aquí tenéis nuestra doctrina, que da a conocer al hombre como septenario durante la vida; un quinario inmediatamente después de la muerte, en *Kâmaloka*; y una tríada, el Ego, espíritu–alma y conciencia, en el *Devacán*. Esa separación, primero en los “Prados del Hades”, según llama Plutarco al *Kâma-loka*, y después en el *Devacán*, formaba parte integrante de las representaciones durante los sagrados Misterios, cuando interpretaban los candidatos a la iniciación el drama



entero de la muerte y resurrección como espíritu glorioso, entendiéndose por este nombre la *plena conciencia*. A esto es a lo que se refiere Plutarco cuando dice:

“Y tanto con el uno, el terrestre, como con el otro, el celeste, vive Hermes. Éste arranca repentina y violentamente al alma del cuerpo; pero dulcemente, y durante largo tiempo, separa Proserpina el entendimiento del alma (Proserpina o Perséfone representa aquí el karma *post mortem*, que se supone rige o regula la separación de los “principios” inferiores de los superiores, esto es: el *alma*, como *nepshesh*, el hálito de la vida animal que permanece durante algún tiempo en Kâma-loka, del *Ego* superior compuesto, que entra en el estado de Devacán o bienaventuranza). Por esta razón se la llama *Monógenes, sola engendrada, o mejor que engendra a uno solo*; porque *la mejor parte del hombre queda sola cuando es separada por ella*. Tanto lo uno como lo otro sucede así, de acuerdo con la Naturaleza. Prescribe el Destino (Fatum o Karma) que cada alma, con o sin entendimiento (inteligencia), una vez fuera del cuerpo, ha de errar durante un tiempo determinado, si bien no todas por igual, por la región que se extiende entre la Tierra y la Luna (Kâma-loka) (Hasta que tiene lugar la separación del “principio” superior espiritual, de los inferiores, los cuales permanecen en Kâma-loka, hasta que se desintegran). Los que fueron injustos y disolutos sufren entonces el castigo merecido por sus culpas; mas los buenos y virtuosos quedan allí detenidos hasta que estén purificados y hayan purgado por asedio de la expiación todas las corrupciones que puedan haber adquirido por el contagio del cuerpo, al modo de enfermedades vergonzosas; viviendo en la parte más suave del aire, llamada Prados del Hades, donde han de permanecer durante cierto tiempo determinado. Y entonces, como si volviesen a su país tras una peregrinación venturosa o tras largo destierro, experimentan una sensación de alegría, como la sienten principalmente los iniciados en los Sagrados Misterios, mezclada de inquietud y de admiración, y cada cual con sus esperanzas peculiares y propias.” (Plutarco, *ibid*).

Ésta es la bienaventuranza nirvánica, y ningún teósofo podría describir en lenguaje más claro, aunque esotérico, la alegría y gozos mentales del Devacán, en donde cada hombre se ve rodeado del paraíso formado por su conciencia. Pero debéis poneros en guardia contra el error en que caen hasta muchos de nuestros teósofos. No os imaginéis que porque el hombre es llamado septenario, luego quíntuple, y después tríada, sea por esto un compuesto de siete, cinco o tres *entidades*; o como dice muy bien un escritor teosófico, un conjunto de pieles o cortezas separables, como las de una cebolla. Como ya se ha dicho, los “principios”, exceptuados el cuerpo, la vida y el *eidolon* astral, los cuales se dispersan a la muerte, son simplemente *aspectos y estados de conciencia*. Sólo existe un hombre *real* permanente a través del ciclo de vida, inmortal en esencia, si no en forma, y ése es *manas*, el hombre-mente o conciencia encarnada. La objeción de los materialistas, que niegan la posibilidad de la acción de la inteligencia y de la conciencia sin la materia, no tiene valor alguno en el caso nuestro. No negamos fuerza a su argumento, pero preguntamos sencillamente a nuestros adversarios: “¿Conocéis *todos los estados de la materia*, vosotros que hasta ahora sólo sabíais de tres? ¿Y cómo sabéis si aquello a que nos referimos



como CONCIENCIA ABSOLUTA, o Deidad, por siempre invisible e incognoscible, no es lo que, si bien escapa eternamente a nuestro concepto humano *finito*, es, sin embargo, el espíritu–materia universal o materia–espíritu, en su *infinitud absoluta?*” El Ego consciente es uno de los aspectos inferiores de este espíritu–materia *fraccionado* durante sus manifestaciones manvánticas, el cual crea su propio paraíso, paraíso fantasmagórico quizás, pero sin embargo estado de dicha. (LA CLAVE DE LA TEOSOFÍA, Págs. 101-105 – HP BLAVATSKY).

El tiempo de la incrustación de la Tierra había llegado. Las aguas se habían separado, y el proceso se inició. Era el principio de una nueva vida. Esto es lo que nos descubre una clave. Otra clave enseña el origen del Agua, su mezcla con el Fuego –“Fuego Líquido” como le llama– y entra en una descripción alquímica de la progenie de ambos: las materias sólidas, tales como minerales y tierras. De las “Aguas del Espacio”, la progenie del Espíritu–Fuego masculino y del Agua femenina (gaseosa) se ha convertido en la extensión oceánica de la Tierra. Varuna es arrastrado hacia abajo desde el Espacio infinito, para reinar como Neptuno sobre los mares finitos. Como siempre, se ve que la fantasía popular está basada en un fundamento estrictamente científico.

El Agua es en todas partes el símbolo del Elemento femenino; Mater, de la cual viene la letra *M*, se deriva pictóricamente de *Z*, un jeroglífico del agua. Es la Matriz Universal del “Gran Océano”. Venus, la gran Madre–Virgen, surge de la ola del mar, y Cupido o Eros es un hijo. Pero Venus es la última variante mitológica de Gæa, Gaia, la Tierra, la cual, en su aspecto superior, es Prakriti, la Naturaleza, y metafísicamente Aditi, y hasta Mûlaprakriti, la Raíz de Prakriti, su nómeno.

Por tanto, Cupido o el Amor, en su primitivo sentido es Eros, la Voluntad Divina, o el Deseo de manifestarse por medio de la creación visible. De aquí que Fohat, el prototipo de Eros, se convierta en la Tierra en el Gran Poder de la “Electricidad Vital” o el Espíritu “Dador de Vida”. Recordemos la Teogonía Griega, y penetremos en el espíritu de su filosofía. Los griegos nos enseñan que todas las cosas, incluso los Dioses, deben su ser al Océano y a su esposa Tethys, siendo esta última Gæa, la Tierra o Naturaleza. ¿Pero quién es el Océano? El Océano es el Espacio inconmensurable –el Espíritu en el Caos– que es la Deidad; y Tethys no es la Tierra, sino la Materia Primordial en su proceso de formación. En nuestro caso no es ya Aditi–Gæa quien engendra a Urano o Varuna, el Âditya principal entre los siete Dioses Planetarios, sino Prakriti, materializado y localizado. La Luna, masculina en su carácter teogónico, es, en su aspecto cósmico solamente, el principio generador femenino, así como el Sol es



el emblema masculino del mismo. El Agua es la Progenie de la Luna, una deidad andrógina en todas las naciones.

La Evolución procede con arreglo a las leyes de analogía, lo mismo en el Kosmos que en la formación del Globo más pequeño. Así, lo de arriba, que se aplica al *modus operandi* en el tiempo cuando el Universo aparecía, se aplica también al caso de la formación de nuestra Tierra. (D.S. III, 104-106).

. . . Se nos ha reiterado que entre el Panteísmo y Fetichismo hay un sólo insignificante escalón. Según se afirma, Platón era un Monoteísta, sin embargo lo era de manera inequívoca, en un sentido; pero su Monoteísmo jamás lo condujo a la adoración de un Dios *personal*; sino de un Principio Universal y a la idea fundamental de que sólo la Existencia absolutamente inmutable o incambiable realmente es; todas las existencias finitas y el cambio son únicamente apariencias: Maya. Para Platón este Ser era un nómeno y no un fenómeno. Si Heráclito postula una Conciencia-Mundo o una Mente Universal; Parmenides un Ser incambiante en la identidad del pensamiento universal e individual y si Pitágoras y Filolao descubren el verdadero Conocimiento (que es la *Sabiduría* o la Deidad), en nuestra conciencia de las relaciones constantes entre el número y la medida, una idea que posteriormente los Sofistas desfiguraron, es Platón quien da expresión a esta idea en la forma más inteligible. Mientras la vaga definición de algunos filósofos acerca del *Constante-Devenir* puede conducir a una persona inclinada a la polémica a un Materialismo sin esperanza, el Ser divino de algunos otros sugiere un antropomorfismo igualmente antifilosófico. En lugar de separar a los dos, Platón muestra la necesidad lógica de aceptar a ambos desde un aspecto Esotérico. Lo que él llama "Existencia Incambiable" o "Ser," la Filosofía Esotérica lo nomina *Seidad*. Es SAT, que se convierte, en períodos determinados, en la causa del *Devenir* y que después no se le puede considerar como *existente*; sino como algo que siempre tiende a existir en lo "Bueno" y tiende a ser uno con la Absolutez en su progreso cíclico hacia la Existencia Absoluta Una. Tanto para Platón como para los Vedantinos, la "Causa Divina" no puede ser una Deidad personal y por ende finita y condicionada; ya que Platón trata su tema teleológicamente y, en su búsqueda por las causas finales, a menudo *trasciende* la Mente Universal, aun cuando la considera como nómeno. En diferentes ocasiones, los comentaristas modernos han tratado de probar la falacia de la afirmación Neo-Platónica según la cual las enseñanzas de Platón entrañan un significado secreto, negando la presencia de "alguna huella definida de una doctrina secreta" en sus "Diálogos"; Ni siquiera los pasajes sacados de las cartas platónicas contienen ninguna prueba.



Sin embargo, como nadie podría negar que Platón había sido iniciado en los Misterios, esto zanja las demás refutaciones. Los "Diálogos" están pletóricos de expresiones y alusiones que ningún traductor o comentador moderno ha comprendido correctamente, salvo uno, Thomas Taylor. A mayor abundamiento, la presencia de la doctrina pitagórica numérica y de los números sagrados en las conferencias de Platón, dirimen la cuestión de manera conclusiva.

Aquel que ha estudiado a Pitágoras y sus especulaciones sobre la Mónada, la cual, después de haber emanado la Díada, se retira en el silencio y en la oscuridad, creando entonces la Tríada, puede percatarse de dónde provino la Filosofía del gran Sabio samiano y después de él, aquella de Sócrates y de Platón.

Parece que Speusippo haya enseñado que el alma psíquica o thumética (astral) era inmortal, como el Espíritu o alma racional, y todo Teósofo comprenderá sus razones de decir esto. A menos que una personalidad experimente un completo aniquilamiento, que es extremadamente raro, una porción del "alma thumética" o Manas inferior es, desde un punto de vista, inmortal, es decir la parte que sigue al Ego en el Devachan. Además, Speusippo, análogamente a Filolao y a Aristóteles, en sus disquisiciones sobre el alma, hace del Eter un elemento; así existían cinco elementos principales que correspondían a las cinco figuras geométricas regulares. Esta se convirtió, también, en una doctrina de la escuela Alejandrina. En realidad, las doctrinas de los Filaleteos entrañaban muchas cosas que no aparecían en las obras de los Platónicos más antiguos; pero no cabe duda que el Filósofo mismo la enseñó en substancia, aun cuando, con su usual reticencia, no la transcribió, siendo demasiado arcana para una publicación **lega**. Speusippo y Xenócrates después de él consideraban, al igual que su gran Maestro, que el Anima Mundi o el Alma del Mundo, no era una Deidad; sino una manifestación. Para estos Filósofos, el Uno jamás fue considerado como Naturaleza animada. El Uno original no *existía*, según nuestra comprensión del término. Un Ser no se producía hasta que el Uno no se había unido con los muchos: la existencia emanada (la Mónada y la Díada). El τιμιον, el honrado, algo manifestado, se alberga en el centro como en la circunferencia, pero es simplemente el reflejo de la Deidad, del Alma del Mundo. En esta doctrina encontramos todo el espíritu del *Bodhismo* Esotérico o Sabiduría Secreta.

Aunque para algunos Speusippo es inferior a Aristóteles, el mundo le debe la definición y la exposición de muchas cosas que Platón dejó obscuras en su doctrina de lo Sensible e Ideal. Su máxima era: "Lo Inmaterial se conoce por medio del pensamiento científico, mientras lo Material mediante la percepción científica."



Xenócrates enunció una copiosa cantidad de teorías y enseñanzas no escritas de su maestro. También él tenía en alta estima la doctrina pitagórica con su sistema de números y matemáticas. Al reconocer sólo tres grados de conocimiento: *Pensamiento*, *Percepción* y *Contemplación* (o conocimiento por medio de la *Intuición*), indujo al Pensamiento a ocuparse con todo lo que está más allá del cielo, la Percepción con las cosas en el cielo y la Intuición con el cielo mismo. La fuente de estas tres cualidades es ubicable en el *Manava Dharma Shastra* hindú, que trata de la formación del ser humano (o creación, en términos comunes). Brahmâ, que es Mahat o el Alma Universal, extrae de su esencia el Espíritu, *el aliento inmortal que no perece en el ser humano*; mientras al alma (inferior) de ese ser, Brahmâ le imparte Ahânkara, la conciencia del Ego. Luego le agrega "el intelecto formado por las *tres cualidades*."

Estas tres cualidades son: la Inteligencia la Conciencia y la Voluntad, las cuales corresponden al Pensamiento, la Percepción y la Contemplación (Intuición) de Xenócrates, que parece haber sido menos reticente que Platón y Speusippo en su exposición del alma. Después de la muerte de su Maestro, Xenócrates viajó con Aristóteles y luego consiguió el puesto de embajador para Filipo de Macedonia. Sin embargo, 25 años más tarde, se encuentra dirigiendo la Antigua Academia, convirtiéndose en su Presidente como epígono de Speusippo, el cual había ocupado tal posición por más de un cuarto de siglo. Así, dedicó su vida a los temas filosóficos más recónditos. Se le considera más dogmático que Platón y por lo tanto debe haber sido más peligroso para las escuelas que se le opusieron. La elaboración de sus tres grados de conocimiento o las tres divisiones de la Filosofía, la separación y la conexión de las tres formas de conocimiento y comprensión, es más precisa que la de Speusippo. Según él, la ciencia es "esa esencia, el objeto del pensamiento puro y no está incluida en el mundo fenoménico." Esto es directamente antitético a las ideas aristotélicas-bacónicas. A la percepción sensual se le considera como lo que pasa en el mundo de los fenómenos y a la concepción como esa esencia "que es a la vez el objeto de la percepción sensual y, matemáticamente, de la razón pura, la esencia del cielo y las estrellas." Aristóteles, a pesar de toda la admiración que sentía, jamás trató con ecuanimidad la filosofía de su amigo y discípulo. Sus obras lo demuestran claramente. Cada vez que hace referencia a las tres formas de comprensión según las explica Xenócrates, se abstiene de mencionar el método mediante el cual este último prueba que la percepción científica participa de la verdad. La razón de esto se hace evidente cuando encontramos lo siguiente en una biografía de Xenócrates:

Es probable que cuanto era peculiar en la lógica aristotélica no permaneció desapercibido para Xenócrates; ya que no cabe duda que la división de lo



existente en lo absolutamente existente y lo relativamente existente, atribuída a Xenócrates, se oponía a la lista de las categorías aristotélicas.

Xenócrates amplió el desarrollo de la relación de los números con las Ideas más que Speusippo y superó a Platón en su definición de la doctrina de las Magnitudes Invisibles. Al reducirlas a sus elementos primarios ideales, demostró que toda cifra y forma se originó de la línea indivisible más diminuta. Es evidente que Xenócrates sustentaba las mismas teorías de Platón con respecto al alma humana (que se suponía ser un número), aunque Aristóteles contradiga esto en concomitancia a cada una de las enseñanzas de dicho filósofo. Esta es una prueba conclusiva de que Platón divulgó muchas doctrinas oralmente, aunque se demostrara que Xenócrates fue el primero en originar la teoría de las magnitudes indivisibles y no Platón. Xenócrates deriva el Alma de la primera Díada y la llama un número semoviente. Según Theophrasto, Xenócrates penetró y elaboró esta teoría del Alma más que cualquier otro Platónico. Desde luego, consideraba la intuición y las ideas *innatas* δοξα, en un sentido más elevado que cualquier otro e hizo que las matemáticas mediaran entre el conocimiento y la percepción sensual. Por lo tanto, elaboró la doctrina cosmológica valiéndose de esta teoría del Alma y probó la existencia necesaria, en toda parte del Espacio universal, de series sucesivas y progresivas de seres animados y pensantes aunque espirituales. Para él, el Alma Humana es un compuesto de las propiedades más espirituales de la Mónada y de la Díada, poseyendo los principios superiores de ambas. Por eso llama Deidades a la *Unidad* y a la *Dualidad* (*Monas y Duas*), mostrando la Unidad como una Existencia femenina, el Alma Madre, la Madre de los Dioses (¿Aditi?); ya que ella es el Alma del Universo. Sin embargo, si menciona los Elementos como Poderes Divinos, llamándolos Dioses, como lo hacen Platón y Prodicus, tal apelación no evoca en él ni en otros, ninguna idea antropomórfica. Krische observa que los llamó Dioses sólo para que estos poderes elementarios no se confundieran con los demonios del mundo inferior, (los Espíritus Elementarios). Como el Alma del Mundo permea al Cosmos entero, hasta las bestias deben tener en sí algo divino. Esta es, también, la doctrina de los Buddhistas y de los Herméticos, además Manu dota de un alma viviente aún a las plantas y a las hojas de hierba más diminutas, una doctrina absolutamente Esotérica.

Según esta teoría, los demonios son seres intermedios entre la perfección divina y el carácter pecaminoso humano y los divide en clases, cada una de las cuales se subdivide en muchas otras. Sin embargo afirma, de manera específica, que el alma individual o personal es el demonio guardián de cada ser humano y ningún demonio tiene más poder sobre nosotros que el nuestro propio. Por lo tanto, el Daimonion socrático es el Dios o la Entidad Divina que lo inspiró durante toda su vida. Depende del individuo el abrir o cerrar sus percepciones a la voz Divina. Al



igual que Speusippo, él atribuía la inmortalidad al cuerpo psíquico o alma irracional. Sin embargo, según la enseñanza de ciertos filósofos herméticos, el alma tiene una existencia continua separada sólo cuando, en su pasaje a través de las esferas, toda partícula material o terrenal permanece incorporada en ella y una vez que se haya purificado absolutamente, dichas partículas son aniquiladas y únicamente la quintaesencia del alma se cohesiona con su Espíritu divino, lo Racional y los dos se convierten en uno.

Es difícil no captar que las enseñanzas susodichas son un eco directo de las doctrinas indas mucho más antiguas y que ahora aparecen en las llamadas enseñanzas "Teosóficas" concernientes al Manas dual. Xenócrates considera al Alma del Mundo, que los Yogâchâryas Esotéricos llaman "Padre-Madre," como un Principio masculino-femenino, cuyo elemento masculino, el Padre, lo llama el último Zeus, la última actividad divina, mientras los estudiantes de la Doctrina Secreta lo denominan el tercer y último Logos, Brahmâ o Mahat. **A esta Alma del Mundo se le encomienda el dominio sobre todo lo que es sujeto al cambio y al movimiento. El dijo que la esencia divina infundió su Fuego o Alma en el Sol, en la Luna y en todos los Planetas, en una forma pura, en la facción de Dioses Olímpicos. Como poder sub-lunario, el Alma del Mundo se alberga en los Elementos, produciendo poderes y seres Daimónicos (espirituales), que son el eslabón entre los Dioses y los seres humanos, cuya relación con ellos es análoga "a la que existe entre el triángulo isósceles con el equilátero y el escaleno."**

Zeller afirma que Xenócrates prohibió el uso de comida animal, no porque veía en las bestias algo semejante al ser humano; ya que les achacaba una conciencia vaga de Dios; sino

por la razón opuesta, no sea que la irracionalidad de las almas animales pudiera ejercer cierta influencia sobre nosotros.

Pero nosotros creemos que dependía, en realidad, del hecho de que sus Maestros y Modelos fueron, como en el caso de Pitágoras, los Sabios hindúes. Según la descripción de Cicerón, Xenócrates despreciaba todo, excepto la virtud superior y describe la austeridad pristina y severa de su carácter.

Liberarnos de la sujeción de la existencia sensual y conquistar los elementos Titánicos en nuestra naturaleza terrenal a través de lo Divino, es nuestro problema.

Zeller le hace decir:



La pureza, aun en los anhelos secretos de nuestro corazón, es el deber más grande y sólo la Filosofía y la Iniciación en los Misterios ayudan a alcanzar tal objetivo.

Esto debe ser verdadero; ya que hombres como Cicerón y Panecio, y antes de ellos, Aristóteles y Theophrasto, su discípulo, exteriorizaron el más alto respeto por Xenócrates. Sus escritos deben haber sido una cornucopia que incluía tratados sobre la ciencia, la metafísica, la cosmología y la filosofía. Escribió sobre la física y los Dioses, acerca de lo Existente, el Uno y lo Indefinido, sobre las afecciones y la memoria, la felicidad y la virtud, cuatro libros sobre la Realeza e innumerables tratados sobre el estado, el poder de la ley, la geometría, la aritmética y, finalmente, la astrología. Docenas de escritores clásicos de renombre lo mencionan y lo citan.

Crantor, otro filósofo asociado con los primeros días de la Academia de Platón, concebía que el alma humana se formaba de la substancia preliminar de todas las cosas, la Mónada o el *Uno* y la Díada o el *Dos*. Plutarco se explaya sobre este Filósofo quien, como su Maestro, creía que las almas se distribuían en cuerpos terrenales a título de destierro y castigo.

Heráclito, aunque según algunos críticos no se adhirió rigurosamente a la filosofía primordial de Platón, enseñó la misma ética. Zeller nos lo presenta mientras imparte, al igual que Hicetas y Ecphanto, la doctrina pitagórica de la rotación diurna de la tierra y la inmovilidad de las estrellas fijas; pero agrega que él ignoraba la revolución anual de la tierra alrededor del sol y el sistema heliocéntrico. Sin embargo, tenemos buenas pruebas que dicho sistema se enseñaba en los Misterios y que Sócrates murió por "ateísmo," es decir, por divulgar este conocimiento sagrado. Heráclito adoptó, en su totalidad, los conceptos pitagóricos y platónicos sobre el alma humana, sus facultades y sus capacidades. La describe como una esencia luminosa y altamente etérea. Afirma que las almas habitan la vía láctea antes de descender en la "generación" o en la existencia sublunar. Sus demonios o espíritus son cuerpos aéreos y diáfanos.

En *Epinomis* se declara, en su totalidad, la doctrina de los números pitagóricos en relación con las cosas creadas. Su autor, siendo un verdadero platónico, afirma que la sabiduría puede obtenerse sólo mediante un análisis meticuloso en la naturaleza Oculta de la creación; es la única cosa que puede asegurarnos una existencia dichosa después de la muerte. En este tratado se especula ampliamente sobre la inmortalidad del alma; pero su autor agrega que este conocimiento es alcanzable sólo mediante una comprensión total de los números; ya que el ser humano incapaz de distinguir la línea recta de la curva, jamás tendrá suficiente sabiduría para proporcionar una demostración matemática de lo



invisible: debemos asegurarnos de la existencia objetiva de nuestra alma antes de aprender que poseemos un Espíritu divino e inmortal. **Jámblico dice lo mismo; añadiendo que es un secreto perteneciente a la Iniciación superior. El afirma que el Poder Divino se sintió siempre indignado con aquellos "que divulgaron la composición del icostagonus": los promulgadores del método mediante el cual el dodecaedro se inscribe en una esfera. La idea de que los "números," poseyendo la virtud más grande, producen siempre lo que es bueno y nunca lo que es malo, se refiere a la justicia, a la ecuanimidad de temple y a todo lo que es armonioso.** Cuando el autor habla de cada estrella como un alma individual, implica sólo lo que los Iniciados hindúes y los herméticos enseñaron antes y después de él: toda estrella es un planeta independiente que, al igual que nuestra tierra, tiene un alma propia como cada átomo de Materia es impregnado con el flujo divino del Alma del Mundo. Respira y vive, siente y sufre a la vez que goza la vida a su manera. ¿Cuál naturalista está preparado a impugnarlo basándose sobre buenas pruebas? Por lo tanto, debemos considerar los cuerpos celestiales como imágenes de Dioses cuya substancia participa de los poderes divinos y aunque no son inmortales en su entidad-alma, su función en la economía de la naturaleza tiene el derecho a recibir honores divinos como los rendimos a los Dioses menores. La idea es clara y uno debe ser verdaderamente malévolo para representarla erróneamente. Si el autor de *Epinomis*, coloca a estos Dioses ígneos en un nivel superior al de los animaes, las plantas y aun de la humanidad y a todos los cuales adjudica, como criaturas terrenales, un lugar inferior, ¿quién puede probar que yerra por completo? Es menester penetrar profundamente en la anfractuosidad de la metafísica abstracta de las antiguas Filosofías, para comprender que las varias representaciones de sus concepciones estriban, después de todo, en una comprensión idéntica de la naturaleza de la Causa Primera, sus atributos y método.

Cuando el autor de *Epinomis*, al unísono con muchos otros filósofos, ubica entre los Dioses superiores e inferiores, tres clases de Daimons y puebla el universo con huestes de Seres sublimados, es más racional que el Materialista moderno. Este último, al colocar una vasta laguna del ser y el terreno de recreo de las fuerzas ciegas, entre estos dos extremos: lo ignoto y lo invisible que, según su lógica, es lo *inexistente* y lo objetivo y lo sensual, puede tratar de explicar su actitud basándose en el "Agnosticismo científico" que jamás logrará probar que es coherente con la lógica o aun con el simple sentido común. (COLLECTED WRITINGS, versión digital – entresacado de "Filósofos antiguos y críticos modernos" – publicado en Lucifer en julio-agosto de 1.892 – H. P. BLAVATSKY).